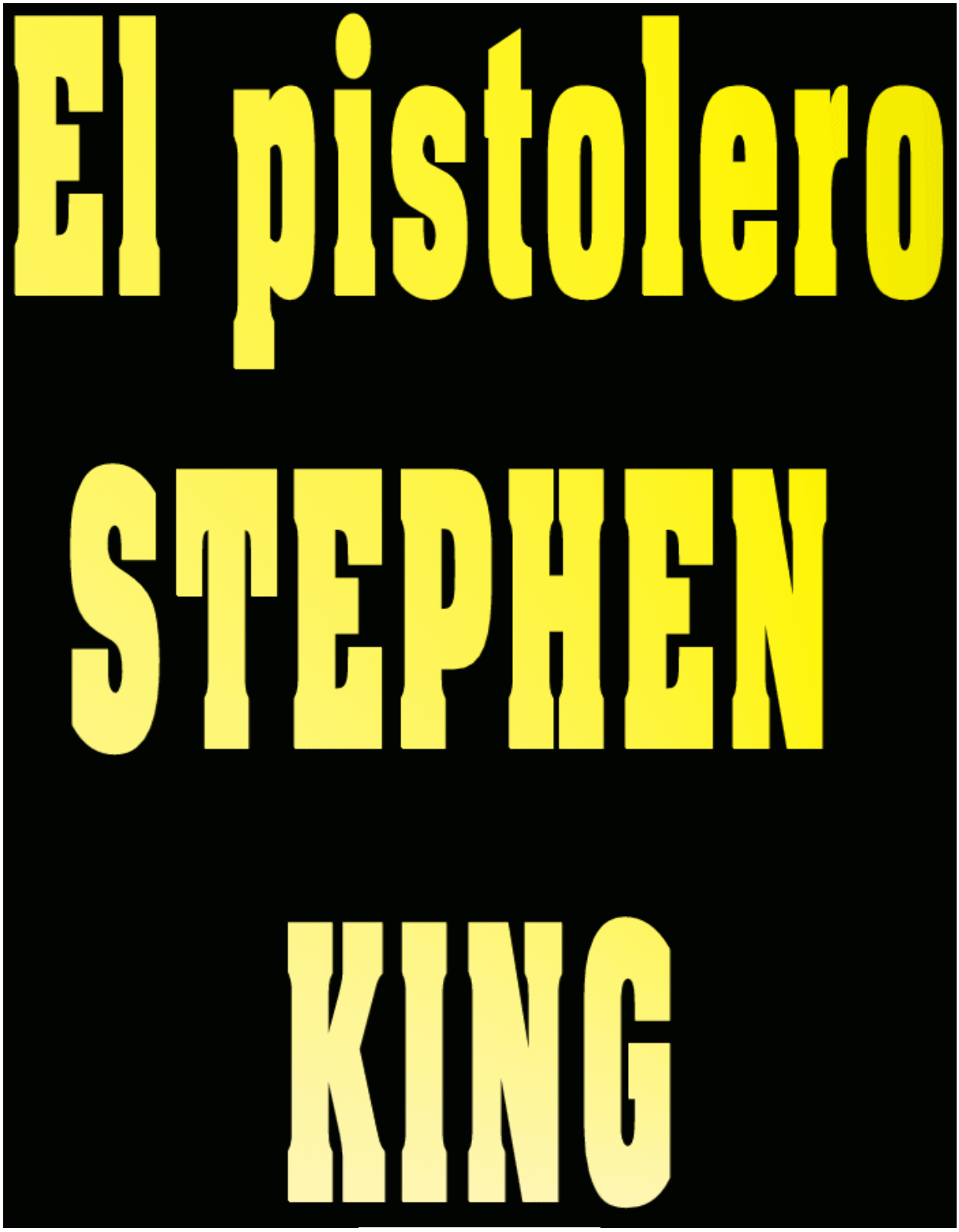
El pistolero
STEPHEN KING



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

I

El hombre de negro huyó a través del desierto, y el pistolero le siguió.

El desierto era la apoteosis de los desiertos, inmenso, extendido bajo el cielo muchos parsecs en todas direcciones, según parecía. Blanco, cegador, árido, sin punto de referencia alguno, a no ser el distante y nebuloso perfil de las montañas lejanas, recortado contra el horizonte. y los matojos de la hierba del diablo, que traía los sueños dulces, las pesadillas, la muerte. De vez en cuando, una señal marcaba el emplazamiento de una tumba, pues antaño, la trocha abierta en la gruesa costra alcalina había sido camino real, recorrido por los coches de línea. El mundo había cambiado desde entonces. El mundo se había vaciado.

El pistolero, imperturbable, avanzaba sin darse prisa, pero también sin perder el tiempo. Llevaba un pellejo de agua cruzado sobre el cuerpo, como una enorme salchicha. Estaba casi lleno. Tras recorrer *el jef* durante muchos años, había alcanzado el quinto nivel. A partir del séptimo o el octavo, no habría sentido la sed; se habría limitado a contemplar la deshidratación de su propio cuerpo con atención fría y clínica, para suministrar agua a sus anfractuosidades y oscuras oquedades interiores sólo cuando la lógica se lo dictase. Pero no estaba en el séptimo ni en el octavo, sino sólo en el quinto. De manera que tenía sed, aunque no se apresuraba demasiado a beber. En cierto modo, aquello le agradaba. Era romántico.

Debajo del odre llevaba sus pistolas, perfectamente equilibradas para el pulso de sus muñecas. Los dos cinturones cruzados por encima de la entrepierna, las pistoleras tan bien engrasadas que ni siquiera aquel sol de justicia lograría resecarlas. Las culatas de las pistolas eran
de madera de sándalo, amarilla y de grano finísimo. Las pistoleras, atadas a las piernas con tiras de cuero, oscilaban pesadamente junto a sus caderas. El metal de los cartuchos insertados en las cananas lanzaba guiños y destellos a los rayos del sol. Los cueros rumoreaban con leves crujidos, pero las pistolas no hacían ruido alguno. Aunque habían derramado sangre en otras ocasiones. No era necesario hacer ruido en medio del desierto.

Sus ropas tenían el color indefinido de las lluvias y del polvo. Llevaba el cuello de la camisa desabrochado, y se cerraba haciendo lazo con los extremos colgantes de un tirilla de cuero, enhebrada a través de unos ojales hechos a mano. Los pantalones eran de una lona fuerte, sin ninguna marca en especial.

Abordó la pendiente suave de un cerro (que no duna, porque allí no había arena; el desierto era de roca viva, y ni siquiera los vendavales que se levantaban al anochecer lograban levantar otra cosa sino un polvillo áspero, molesto y picante) y vio a sotavento, del lado opuesto de la dirección del ocaso, las cenizas, esparcidas a puntapiés, de una diminuta hoguera. Le agradaba el observar pequeños detalles así, que confirmaban una vez más la humanidad esencial del individuo de negro. Sus labios se distendieron entre los profundos surcos de su rostro flaco, y se agachó para ver mejor.

Había quemado hierba del diablo, naturalmente. Allí no se encontraba otra cosa que ardiera. Daba un resplandor grasiento y mortecino. y ardía muy despacio. Los colonos de la frontera decían que los diablos estaban incluso en las llamas, que le hipnotizaban a uno y le atraían, hasta que uno se precipitaba en el fuego si no apartaba la vista. Y el siguiente que cometiese la imprudencia de mirar hacia la hoguera, te vería entonces a ti.

La hierba quemada estaba esparcida formando como unos ideogramas ya familiares, que se deshicieron en una gris indefinición entre los dedos de la mano ávida del pistolero. En aquellos residuos no quedaba más que un pedazo de tocino carbonizado, que él se comió con aire pensativo. Siempre ocurría así. El pistolero llevaba dos meses cruzando el desierto detrás del hombre de negro, a través de un purgatorio de eriales interminables, de una monotonía escandalosa, y aún no había visto ningún otro rastro que no fuera los ideogramas estériles, higiénicos, de las hogueras que el otro iba dejando tras de sí. No pudo encontrar ni una lata, ni una botella, ni un pellejo para el agua (el pistolero había dejado atrás cuatro de

éstos, como serpiente que va mudando la piel).

A lo mejor las hogueras apagadas eran un mensaje, deletreado allí claramente. «Toma rapé.» O tal vez «El fin está cerca», o quizá incluso «Comidas en casa Joe». No importaba. El no entendía los ideogramas, si lo eran. Y aquellos restos estaban tan fríos como los de las otras veces. Él sabía que andaba más cerca, pero no sabía cómo lo sabía. Aunque tampoco esto importaba. Se puso en pie y se frotó las manos para quitarse la ceniza.

Ningún rastro más. El ventarrón, afilado como una cuchilla, naturalmente había limado cualquier pista que pudiese haber quedado en aquel roquedal. Ni siquiera había logrado encontrar nunca los excrementos de su presa. Nada. Sólo aquellas fogatas apagadas a lo largo de la antigua trocha, y el radar dentro de su propio cerebro, que no descansaba jamás.

Sentado, se concedió un trago de agua. Oteó el desierto y luego alzó los ojos para mirar el sol, que entraba ya en el cuadrante lejano del firmamento. Poniéndose en pie, se sacó los guantes del cinto y se dedicó a arrancar hierba del diablo para su propia hoguera, que armó sobre las mismas cenizas dejadas por el hombre de negro. Le pareció que la ironía de la acción, como la historia de su sed, no carecía de cierto interés acerbo.

Usó el pedernal y el eslabón cuando sólo restó del día un poco de calor en el suelo, rápidamente disipado, y un filo sardónico de color anaranjado en la monotonía del horizonte occidental. Observó con paciencia mirando al sur, hacia las montañas, no porque esperase o creyese ver nada parecido al delgado hilo de humo ascendente de otra hoguera, sino porque mirar era parte del asunto. Estaba cerca, pero en sentido relativo. No lo bastante cerca como para ver un humo tenue durante el crepúsculo.

Finalmente, la chispa prendió en las briznas de hierba seca y él se tumbó al lado de donde soplaba el viento, dejando que el humo de los sueños huyera hacia el lado opuesto. La dirección del viento era constante, salvo algunos remolinos aquí y allá.

Arriba, las estrellas, también ellas constantes, no titilaban. Millones de soles y planetas. Constelaciones vertiginosas, helados fuegos en cada nebulosa primigenia. Mientras miraba, el cielo viró de violeta oscuro a negro ébano. Un meteorito dibujó un breve arco brillante, espectacular, antes de desvanecerse. El fuego lanzaba sombras extrañas mientras la hierba del diablo ardía poco a poco y adoptaba nuevas formas..., no de ideogramas, sino entremezcladas en una baraúnda vagamente espantosa, pese a su reconfortante ausencia de sentido. Había dispuesto su combustible, no en un orden artístico sino meramente práctico. Hablaba de negros y de blancos. Hablaba de un hombre capaz de arreglar un mal cuadro en extrañas habitaciones de hotel. El fuego continuaba ardiendo con su llama constante, lenta, y los fantasmas bailaban dentro del núcleo incandescente. Pero el pistolero no los vio. Dormía. Las dos ramas, arte y oficio, se entretejían. El viento suspiraba. De vez en cuando, una turbonada perversa invertía la dirección del humo, haciendo que fuese hacia él alguna que otra voluta esporádica. Lo que criaba sueños, lo mismo que una partícula irritante cría perlas en el seno de la ostra. A veces el pistolero gemía a coro con el viento. Las estrellas seguían tan indiferentes a esto como a otras guerras, crucifixiones, resurrecciones. Eso también le habría agradado.

II

Bajó por la última colina llevando del ronzal a la bestia, cuyos ojos ya muertos abultaba el calor. Hacía tres semanas que había dejado tras de sí la última aldea, y desde entonces no había visto sino la trocha abandonada de la diligencia y algún grupo de chozas, míseras casuchas de los pobladores de la frontera. Éstas degeneraron en cabañas aisladas, reducto de parias o de locos. Los locos le parecieron mejor compañía. Uno de éstos le dio una brújula Silva de acero inoxidable, con el encargo de que se la entregase a Jesucristo. El pistolero la aceptó con gravedad. Si veía al Señor, le haría entrega de la brújula, aunque no le parecía probable.

Cinco días habían pasado desde que viera la última vivienda, y empezaba a sospechar que no hallaría ninguna más, cuando al coronar la última loma castigada por la erosión divisó

uno de aquellos familiares techos de cañizo.

El colono, un hombre sorprendentemente joven con una mata indómita de pelo cobrizo que le llegada casi a la cintura, escardaba con celoso abandono una escuálida plantación de maíz. La mula soltó una especie de quejido asmático y el colono alzó la mirada de sus ojos intensamente azules, que se fijaron en seguida en el pistolero. Alzó ambas manos en un seco saludo y luego se volvió de nuevo hacia su maíz, inclinado sobre el surco más cercano a su barraca, la espalda doblada, arrojando por encima del hombro la hierba del diablo y alguna que otra planta de maíz que no había arraigado bien.

El pistolero se acercó lentamente, ladera abajo, tirando de su mula, sobre cuyos lomos chapoteaban los odres llenos de agua. Tras detenerse al borde del cultivo, que parecía seco sin remedio, bebió un sorbo de uno de sus cueros para quitarse la sequedad de la boca, y escupió en el suelo árido.

-Vida para tu cosecha.

-Vida para ti -respondió el colono, incorporándose, con un crujido audible de su espalda.

Contemplaba al pistolero sin temor alguno. Lo poco que podía verse de su cara entre la barba y el cabello parecía a salvo de las marcas de la putrefacción, y sus ojos, aunque de expresión algo agreste, no miraban extraviados.

-Sólo tengo maíz y habas secas -dijo-. El maíz es de balde, pero tendrá que echar algo si quiere habas. Las trae un fulano de vez en cuando. No suele quedarse mucho tiempo. Temen a los espíritus -agregó el colono con una breve carcajada.

—Supongo que se figurará que usted es uno de ellos.

—Supongo que sí.

Ambos se contemplaron en silencio durante un rato. El agricultor tendió la mano. -Me llamo Brown.

El pistolero estrechó la mano que le ofrecía. En ese instante, un cuervo escuálido graznó desde el alero del techo de pajizo. El labrador apuntó con un gesto:

-Ése es *Zoltan.*

Al oír su nombre, el cuervo graznó de nuevo y luego echó a volar hasta donde estaba Brown, sobre cuya cabeza aterrizó como si fuera una percha, clavando las garras firmemente en la revuelta pelambrera de su dueño.

-Mal rayo te parta -graznó *Zoltan* - . Mal rayo te parta a ti y a la bestia en que viniste.

El pistolero asintió amigablemente.

- ¡Habas! ¡Habas! ¡La legumbre musical! -recitó el cuervo, evidentemente inspirado-. Cuantas más comes, más cuescos te echas.

-¿Eso es lo que le enseña?

-Es lo único que quiere aprender, supongo -respondió Brown-. Una vez quise enseñarle el padrenuestro.

Miró un momento más allá de la choza, hacia el llano rocoso y monótono.

-Pero me parece que éstas no son tierras de padrenuestros -agregó -. Usted es un pistolero, ¿ verdad?

Sí.

Encorvó la espalda para considerar su propio aspecto. *Zoltan* despegó de la cabeza de Brown y aterrizó, batiendo las alas, sobre el hombro del pistolero.

-Sigue al otro, supongo.

-Sí. -La pregunta inevitable se formó por sí sola en su boca-: ¿Cuánto hace que pasó por aquí?

Brown se encogió de hombros.

-No lo sé. Pasa una cosa muy rara con el tiempo aquí. Más de dos semanas. Menos de dos meses. El nombre de las habas estuvo aquí dos veces desde que pasó. Serán seis semanas, aunque probablemente me equivoco.

-Cuantas más comes, más cuescos te echas -dijo *Zoltan.*

- ¿Se detuvo aquí? -preguntó el pistolero.

Brown asintió.

-Se quedó a cenar, lo mismo que hará usted, supongo. Pasamos el rato.

El pistolero se incorporó y el pájaro echó a volar otra vez hacia el tejado, entre graznidos. Sintió una impaciencia extraña, temblorosa.

-¿Habló él?

Brown alzó una ceja y le lanzó una ojeada interrogativa.

-No mucho. Que si llovía aquí alguna vez, y si llevo mucho tiempo aquí, y cuándo enterré a mi mujer. Yo llevé casi toda la conversación, lo que no es corriente. -Hizo una pausa, durante la que se oyó sólo el vendaval -. Es un brujo, ¿verdad?

Sí.

Brown asintió con una lenta cabezada.

-Lo sabía. ¿Usted lo es?

-Yo sólo soy un hombre.

-No le atrapará jamás.

-Le atraparé.

Los dos se quedaron mirándose, y hubo entre ellos una súbita corriente de mutuo entendimiento, el labrador de pie sobre su tierra polvorienta y reseca, el pistolero sobre la roca que se prolongaba hacia el desierto. El segundo hizo ademán de sacar su pedernal.

-Tome.

Brown le ofreció un fósforo, que prendió con la mugrienta uña. El pistolero acercó la punta del cigarro a la llama y aspiró.

—Gracias.

—Querrá rellenar los odres -propuso el colono al tiempo que se daba la vuelta-. Hay una fuente bajo el porche de atrás. Voy a hacer la cena.

El pistolero cruzó el maizal andando con cuidado y se encaminó hacia la parte posterior de la casa. El manantial estaba en el fondo de un pozo, cuyas paredes interiores había revestido de piedra para evitar que la tierra polvorienta cegase el caudal. Mientras bajaba por la endeble escalera, pensó que aquellas piedras representaban por lo menos dos años de trabajo: levantarlas, acarrearlas, ponerlas en su lugar. El agua era clara, pero manaba un hilillo muy fino, por lo que tardó mucho rato en llenar sus odres. Mientras acababa de llenar el segundo, se presentó *Zoltan* al borde del pozo.

-Mal rayo te parta a ti y a la bestia en que viniste -exclamó.

Miró hacia arriba, sobresaltado. El pozo tendría unos cinco metros de hondo; los bastante como para que Brown pudiera descargar un pedrusco sobre su cabeza y robarle todas sus pertenencias. Un loco o un podrido no lo harían, pero Brown no era ni lo uno ni lo otro. Pero le agradaba Brown, así que se quitó el pensamiento de la cabeza y siguió llenando los odres. Lo que tuviera que ocurrir, ocurriría.

Cuando entró por la puerta de la cabaña y bajó los escalones (el suelo de la choza estaba a un nivel más bajo que el exterior, con el fin de retener el frescor de la noche), Brown estaba hurgando en unas mazorcas puestas a asar. Había colocado dos platos desportillados en los dos extremos de una mesa cubierta con una mantel pardo. El agua para las habas empezaba a hervir en un caldero colgado sobre el fuego.

-También pagaré el agua.

Brown no se volvió.

-El agua es un don de Dios, pero las habas las trae papá Doc.

El pistolero soltó un gruñido que podía pasar por una carcajada, y se sentó apoyando la espalda en la tosca pared, se cruzó de brazos y cerró los ojos. Al cabo de un rato aspiró el olor a maíz tostado. Se oyó un ruido como de guijarros cuando Brown echó en el caldero el contenido

de un cucurucho de papel, y de vez en cuando un *clac-dac-clac* causado por los paseos inquietos de *Zoltan* sobre el techo. Estaba cansado; había viajado dieciséis y a veces dieciocho horas al día desde los horrorosos acontecimientos de Tull, la última aldea; y los últimos doce días a pie porque la mula ya no podía más.

Clac-dac-clac.

Dos semanas, había dicho Brown, o quizá seis. No importaba. En Tull sí tenían calendarios, y se acordaban del hombre de negro porque al pasar por allí había sanado a un viejo. Uno que se moría de lo de la hierba. Un viejo de treinta y cinco años. Y si Brown no andaba equivocado, el hombre de negro había perdido ventaja desde entonces. Pero aún quedaba el desierto por delante. Y el desierto iba a ser el infierno.

Clac-dac-clac.

- Préstame tus alas, pájaro. Yo las desplegaré y me elevaré a favor del aire caliente.

Y se durmió.

III

Brown le despertó cinco horas más tarde. Era de noche. La única claridad era el rojo resplandor mortecino de los tizones. -Se murió la muía -dijo Brown-. La cena está lista.

- ¿Cómo?

Brown se encogió de hombros.

-Tostada y hervida, ¡cómo va a ser! ¿No será usted demasiado exigente?

-No. Lo de la mula.

-Se tumbó y ya no quiso levantarse. Parecía una muía muy vieja. - Y agregó en tono de pedir excusas -: *Zoltan* se comió los ojos.

- ¡Ah! Bueno.

De todos modos, era de esperar.

Cuando se sentaron al bastidor de tablones que servía de mesa, Brown volvió a sorprenderle al pronunciar una breve oración: lluvia, salud y expansión para el espíritu.

- ¿Cree usted en otra vida? -le preguntó el pistolero, mientras Brown echaba en su plato tres mazorcas de maíz calientes.

Brown asintió con la cabeza. -Creo que es ésta.

IV

Las habas parecían balas de pistola y el maíz también estaba duro. Fuera, el viento inacabable soplaba y sacudía las plantas. Comió con rapidez, ávidamente, y bebió cuatro vasos de agua con la cena. En eso estaban cuando oyó un tableteo como de ametralladora en la puerta. Brown abrió para dejar entrar a *Zoltan.* El pájaro cruzó volando la habitación y se acurrucó en una esquina, malhumorado.

-Legumbre musical -murmuró.

Cuando hubieron terminado, el pistolero le ofreció su tabaco.

«Ahora. Ahora vendrán las preguntas.»

Pero Brown no preguntaba nada. Fumaba y contemplaba las brasas, cada vez más mortecinas. En el recinto de la choza empezaba a notarse el frío.

-No nos dejes caer en la tentación -dijo de pronto *Zoltan,* apocalíptico.

El pistolero se sobresaltó como si hubiera oído un tiro. De repente, se convenció de que todo aquello era una ilusión (no un sueño, sino un encantamiento), de que el hombre de negro le había lanzado un hechizo e intentaba decirle algo de una manera enloquecedoramente obtusa y simbólica.

- ¿Ha estado en Tull? -preguntó, abrupto.

Brown asintió.

-Antes de venir aquí, y una vez a vender maíz. Aquel año llovió. Debió de durar como un cuarto de hora. La tierra se abría para beberse la lluvia. Y una hora después, *parecía* tan blanca y seca como siempre. Pero el maíz... ¡Dios, el maíz! Crecía a ojos vista. No es que eso fuera malo. Pero es que uno incluso podía escuchar cómo crecía, como si la lluvia le hubiese dado boca. Y no era un ruido alegre. Parecía como si saliese de la tierra con quejas y gemidos. -Hizo una pausa-. Me sobró, conque fui y lo vendí. Papá Doc dijo que se encargaría de hacerlo, pero me habría robado, así que fui yo mismo.

-¿No le gusta el pueblo?

-No.

-Por poco me matan allí -dijo súbitamente el pistolero.

-¿Yeso?

-Maté a un hombre que había sido tocado por Dios -explicó el pistolero-. Sólo que no fue Dios, sino el hombre de negro.

-Le tendió una trampa.

Sí.

Ambos se miraron por entre la penumbra, y flotó la sensación de un momento definitivo.

«Ahora vienen las preguntas.»

Pero Brown no tenía nada *que* decir. Su cigarro estaba reducido a una colilla, pero cuando el pistolero le acercó la tabaquera Brown meneo la cabeza.

Zoltan rebullía, intranquilo, como si quisiera empezar a hablar y no se atreviera.

- ¿Quiere que se lo cuente? -preguntó el pistolero.

Claro.

El pistolero buscó palabras para empezar y no halló ninguna.

- Tengo que salir.

Brown asintió.

-Es el agua. En el maizal, si no le importa.

Claro.

Subió los escalones y salió a la oscuridad. Arriba, las estrellas resplandecían dibujando sus figuras absurdas. Las rachas de viento se sucedían sin cesar. El chorro de orina dibujó serpientes en el polvo del maizal. Era el hombre de negro quien le había enviado allí. A lo mejor, el hombre de negro era el mismo Brown. Era posible que...

Apartó aquellas ideas. La única contingencia que no hubiera sabido solucionar era la de volverse loco él mismo. Regresó a la choza.

- ¿Ya ha decidido si yo también soy un encantamiento? -se burló Brown.

El pistolero se detuvo en la entrada, sorprendido. Luego se acercó despacio y tomó asiento. -Iba a contarle lo de Tul!.

—¿Prospera?

—Está muerta -replicó el pistolero, y las palabras quedaron flotando en el aire.

Brown cabeceó:

-Es el desierto. Creo que acabará por sepultarlo todo. ¿Sabía usted que la diligencia pasaba por aquí en otros tiempos? El pistolero cerró los ojos. La cabeza le daba vueltas. -Ha echado droga en la comida -dijo con la lengua entorpecida.

- No. Yo no he hecho nada.

El pistolero abrió los ojos, desconfiado.

- No va a quedarse tranquilo hasta que se lo pregunte -continuó Brown - . Pues bien, ahora se lo pregunto. ¿Qué pasó en Tull?

El pistolero abrió la boca, indeciso, y con gran sorpresa por su parte, esta vez encontró las palabras. Empezó el relato a rachas intermitentes que, poco a poco, tomaron un hilo y se convirtieron en un largo discurso monótono. Su cabeza se despejó y una extraña excitación empezó a apoderarse de él. Habló hasta la madrugada, sin que Brown le interrumpiera ni una sola vez. Ni tampoco el pájaro.

V

Había comprado la mula en Princetown una semana antes, y cuando llegó a Tull el animal aún era vigoroso. Hacía una hora que se había puesto el sol, pero el pistolero continuó su viaje, orientándose por las luces de la población, y luego por las notas, asombrosamente nítidas, de una pianola de bar que tocaba la canción *Hey Jude.* El camino se iba ensanchando a medida que desembocaban en él otras sendas secundarias.
Los bosques habían desaparecido desde hacía mucho tiempo, reemplazados por la llanura interminable: monótonos, desolados eriales cubiertos de malas hierbas y matorral bajo, barracas, fantasmales fincas abandonadas en cuyas ruinosas mansiones sin duda vagaban los demonios, cabañas vacías cuyos habitantes se habían marchado, o los habían echado mucho tiempo atrás; de vez en cuando la choza de algún labrador, con un débil resplandor titilante como único signo de vida, o durante el día, familias hurañas y silenciosas que se afanaban en los campos. El principal cultivo era el maíz, aunque también plantaban habas y algunos garbanzos. De vez en cuando, alguna vaca enflaquecida le miraba estúpidamente por encima de empalizadas de tablones viejos. Cuatro veces pasó la diligencia por su lado, dos en una dirección y dos en la contraria, casi vacías las que venían por detrás mientras él se apartaba con su mula, algo más llenas las que continuaban hacia los bosques del norte.

No era un territorio acogedor. Desde su salida de Princetown cayeron dos chubascos, más bien escasos. Hasta el matorral se veía mustio y amarillento. Mal país. No halló ni rastro del hombre de negro. A lo mejor había tomado la diligencia.

El camino describía un recodo y, pasado el mismo, el pistolero detuvo la mula y se quedó mirando hacia Tull. Sumida en una hondonada circular parecida a una gran sartén, era un brillante mal engastado. Se divisaban algunas luces, agrupadas en su mayoría alrededor de la zona donde salía la música. En apariencia, contaba con cuatro calles, tres de ellas perpendiculares a la carretera de la diligencia, que era al mismo tiempo la calle principal de la población. A lo mejor tendrían un restaurante. Era dudoso, pero posible. Chasqueó la lengua para ordenarle a la mula que continuara.

Más casas esporádicamente alineadas a los dos lados de la carretera, muchas de ellas aún desiertas. Pasó por delante de un pequeño cementerio: tablas de madera en lugar de lápidas, torcidas y cubiertas de musgo o semiocultas entre matojos de hierba del diablo. Unos ciento cincuenta metros más allá, un mojón semiderruido decía: *Tull.*

La pintura estaba desconchada hasta resultar casi ilegible. Había otro un poco más allá, pero en éste no hubo manera de saber qué decía el rótulo.

Una murga de voces medio beodas coreaba los compases finales de *Hey Jude:* «naa naa-naa naa-na-na-na.., hey Jude...» mientras él entraba en el pueblo propiamente dicho. Era un ruido apagado, como el viento en el hueco de un árbol podrido. Sólo las prosaicas notas de la pianola del bar impidieron que se preguntara en serio si el hombre de negro no habría sido capaz de multiplicar fantasmas para poblar con ellos una aldea desierta. Sonrió un poco al pensarlo.

Había algunos seres humanos en las calles, no muchos, pero algunos. Tres damas que llevaban pantalones negros y blusas blancas idénticas de guardiamarina pasaban por la acera contraria, ignorándole con señalada indiferencia. Sus caras parecían flotar sobre las vagas formas
de los cuerpos, como globos paliduchos con ojos. Un anciano lleno de prosopopeya, con el

sombrero de paja firmemente calado, le contemplaba sentado en la entrada del porche de una abacería. Un sastre famélico y su cliente de última hora se volvieron al verle pasar, y aquél incluso alzó la luz del escaparate para ver mejor. El pistolero saludó con la cabeza. Ni el sastre ni su cliente devolvieron el saludo. Se dio cuenta de que las miradas se clavaban en los cintos bajos con las pistoleras que golpeaban sus caderas. Un muchacho de unos trece años, que pasaba con su chica por la travesía próxima, se detuvo apenas un instante. Las pisadas levantaban nubéculas de polvo que permanecían suspendidas en el aire un momento. Algunas de las farolas del alumbrado funcionaban, aunque con el vidrio empañado de queroseno. La mayoría estaban rotas. Había un establo, que seguramente sobrevivía gracias a la diligencia. Tres muchachos estaban acuclillados en silencio alrededor de un círculo trazado en el suelo, y jugaban a bolas, a la entrada del establo, mientras fumaban cigarrillos de panocha. Sus sombras alargadas se proyectaban en el suelo.

El pistolero pasó cerca de ellos, con la mula del ronzal, y miró hacia el lóbrego interior del establo, apenas iluminado por la débil llama de una lámpara; una sombra bailaba por las paredes al compás de los movimientos de un viejo desgarbado, vestido con un mono de color desvaído, que amontonaba heno en un rincón con amplios y perezosos movimientos de su bieldo.

- ¡Eh! -exclamó el pistolero.

El bieldo se detuvo en el aire y el mozo de cuadra se volvió con cierta acritud.

- ¡Hola! ¿Qué quiere?

-Traigo una mula aquí.

-Mejor para usted.

El pistolero arrojó al suelo en penumbra una pesada moneda de oro mal acuñado, que rebotó sobre las vetustas losas de piedra y se quedó allí, brillando.

El mozo se adelantó, se inclinó, recogió la moneda y contempló al pistolero con desconfianza. Su mirada bajó hasta fijarse en las cananas y meneó la cabeza con gesto agrio.

—¿Cuánto tiempo piensa guardarla?

—Una noche, o tal vez dos. O quizá más.

-No tengo cambio para una moneda de oro.

-Yo no le he pedido cambio.

-Dinero ensangrentado -murmuró el mozo de cuadra.

—¿Qué dice?

—Nada.

Tomó la mula del ronzal y se la llevó adentro.

- ¡Cepíllala! -ordenó el pistolero.

El viejo ni siquiera se volvió.

El pistolero salió al encuentro de los muchachos acuclillados alrededor de un círculo, que habían seguido todo el diálogo con despectiva curiosidad.

- ¿Qué tal por aquí? -tanteó el pistolero.

No hubo respuesta.

-¿Sois de este pueblo, chicos?

Ni palabra.

Uno de los chicos se sacó de la boca un resto de panocha de maíz extrañamente retorcido, y lanzó una bola de vidrio verde hacia el círculo, donde rebotó con una de barro y la echó fuera. El chaval recogió la bola verde y se dispuso a jugar de nuevo.

-¿Hay algún restaurante en este pueblo? -preguntó el pistolero.

Uno de ellos, el más joven, alzó la mirada. Tenía en la comisura de la boca un mohín amargo, pero los ojos eran todavía ingenuos. Contempló al pistolero con ceño fruncido, pero sin poder ocultar una admiración que era al mismo tiempo conmovedora y espantosa.

-Puede pedir una hamburguesa en lo de Sheb.

-¿Es aquel antro de allá?

El muchacho asintió pero sin hablar. Sus compañeros le miraban con ademán hostil y malévolo.

El pistolero se tocó el ala del sombrero.

-Me alegra saber que no están todos mudos en este pueblo.

Pasó de largo, se subió a la acera de tablones y se encaminó a lo de Sheb, mientras a su espalda estallaba la voz clara y despectiva de uno de los chicos, apenas más grave que un soprano infantil:

- ¡Comehierba! ¡Que te pasas el día tocándole el cono a tu hermana, Charlie! ¡Comehierba!

En la entrada de lo de Sheb, tres lámparas de queroseno daban alguna luz, dos de ellas colgadas a los lados y la otra sobre el dintel de las puertas batientes. Los cantores de *Hey Jude* se habían cansado, y ahora un pianista tocaba otra balada antigua. El murmullo de las voces se cortaba de vez en cuando al hilo de las conversaciones. El pistolero se detuvo un momento antes de entrar. Suelo cubierto de serrín, escupideras junto a las mesas de patas inseguras. Una barra de tablones montados sobre caballetes, y detrás de ella un espejo donde se reflejaba deformado el pianista, que vestía la inevitable camisa blanca con los inevitables tirantes, y tenía la inevitable postura gacha producida por el taburete del piano. A éste le habían quitado la tapa de manera que pudiera verse cómo subían y bajaban los martillos de madera mientras tocaba el artefacto. La camarera, una mujer de cabello color panocha, llevaba un sucio vestido azul, uno de cuyos tirantes estaba remendado con un imperdible. Al fondo, unos seis pueblerinos bebían y jugaban a cartas con aire desganado; otra media docena se había agrupado más o menos alrededor del piano, cuatro o cinco junto a la barra, y un anciano de pelo gris estaba hundido sobre una mesa cercana a la entrada. El pistolero entró.

Las cabezas se volvieron para mirarle, a él y a sus pistolas. Hubo un momento de silencio prácticamente total, excepto por parte del distraído pianista, que seguía tocando. Luego, la mujer pasó el paño por la barra y las cosas volvieron a su orden.

- ¡Cierro! -exclamó uno de los jugadores del rincón mientras abatía tres oros y cuatro espadas, terminando así la partida.

Su oponente soltó una palabrota, pagó la apuesta y se dieron cartas de nuevo.

El pistolero se acercó a la barra.

- ¿Tiene hamburguesas? -preguntó.

-Cómo no. -Ella miraba directamente a la cara, y a lo mejor era bonita cuando empezó, pero por aquel entonces tenía la cara llena de bultos y una cicatriz lívida dibujaba un tirabuzón en su frente. Se había puesto muchos polvos, pero en vez de ocultar la señal llamaban todavía más la atención - . Pero es caro.

-Me lo figuraba. Déme tres hamburguesas y una cerveza.

Otra vez aquel cambio sutil en el ambiente. Tres hamburguesas. Las bocas se hacían agua y las lenguas relamían los labios con lento regodeo. Tres hamburguesas.

-Serán cinco pavos con la cerveza.

El pistolero depositó una moneda de oro sobre la barra.

Todas las miradas se fijaron en ella.

Detrás de la barra y a la izquierda del espejo, un brasero de carbón difundía un calorcillo tenue. La mujer se metió en una pequeña habitación trasera y regresó con la carne puesta en un papel; hizo tres porciones con el cuchillo y las puso a freír, difundiendo un aroma capaz de enloquecer a cualquiera. El pistolero aguardó con pétrea indiferencia, apenas consciente de cómo la música del piano se volvía más lenta, de cómo se interrumpía la partida, de cómo todo el mundo miraba de reojo hacia la barra.

El hombre estaba ya casi a medio camino cuando el pistolero se fijó en él a través del espejo. Era un tipo casi completamente calvo, y tenía el puño cerrado sobre el mango de un tremendo cuchillo de caza que llevaba al cinto.

-Vaya a sentarse -le ordenó el pistolero tranquilamente.

El hombre se detuvo sobre sus pasos. Su labio superior descubrió los dientes en un movimiento inconsciente, como si fuera un perro, y hubo un instante de silencio general. Luego regresó a su mesa y el ambiente se calmó de nuevo.

La cerveza fue servida en una jarra desportillada de vidrio.

-No tengo cambio para una moneda de oro -anunció la mujer con aire truculento.

-Ni yo lo he pedido.

Ella asintió con rabia, como si aquella ostentación de riqueza la ofendiese, aunque fuese ella la beneficiaria. Pero se guardó la moneda, y al poco aparecieron las hamburguesas sobre una bandeja un tanto oxidada. La carne todavía estaba un poco roja por los bordes.

- ¿Tiene usted sal?

Ella sacó un salero de debajo de la barra.

-¿Y pan?

-No.

Sabía que no era verdad, pero no quiso insistir. El calvo le contemplaba con ojos sombríos y sus manos arañaban el rayado y astillado tablero de la mesa que ocupaba. Hinchaba las aletas de la nariz al compás de una respiración afanosa.

El pistolero empezó a comer despacio, casi con desmayo. Troceaba la carne con el tenedor y se la llevaba a la boca procurando no pensar en lo que habrían añadido a la carne de buey para hacer las hamburguesas.

Había terminado casi, y se disponía a pedir otra cerveza y a liar un cigarrillo, cuando cayó una mano sobre su espalda.

De repente, se dio cuenta de que se había hecho otra vez el silencio en el establecimiento y de que se mascaba la tensión. Al volverse, vio la cara del hombre que cuando él entró dormía junto a la puerta. Era una cara terrible. El tufo a podrido de la hierba del diablo apestaba el aire y los ojos eran los de un condenado, con la mirada vidriosa de los que ven y no ven vuelta hacia dentro, sobre el infierno estéril de los sueños hediondos de lo inconsciente, y se enfrentan a la razón con el rictus de calavera de la locura más irremediable.

La mujer que estaba detrás de la barra profirió un quejido ahogado.

Los labios agrietados se entreabrieron dejando ver los dientes recubiertos de verde, musgosos, y el pistolero pensó: «Éste ya dejó de fumar hace tiempo, y ahora se dedica a mascarlo. ¡Por Dios!, realmente es un mascador de hierba».

Y en seguida: «Es hombre muerto. Debería estar muerto desde hace más de un año».

Y a continuación: «El hombre de negro».

Ambos se contemplaban fijamente, el pistolero y el hombre que miraba al pistolero desde las bardas de su locura.

Entonces habló, y el pistolero se dio cuenta, con asombro, de que le hablaban en la Lengua Sagrada:

-Te cambio el oro por un favor, pistolero. Sólo uno. Como regalo.

La Lengua Sagrada. Por unos instantes, su cerebro se negó a creer lo que escuchaban sus oídos. Hacía años... ¡Dios...!, siglos, milenios, que nadie hablaba la Lengua Sagrada. Él era el último. El último pistolero. Los demás...

Aturdido, echó mano al bolsillo de la camisa y sacó una moneda de oro. La mano agrietada y enrojecida se hizo con ella, la acarició, la alzó hacia la grasienta lámpara de queroseno para que arrojara destellos. El oro lanzó su brillo civilizado, orgulloso, rubio rojizo, que recordaba la sangre.

- ¡Aaaaaah!

Un balbuceo inarticulado de placer. El viejo, tambaleándose sobre sus piernas, dio media vuelta y emprendió la retirada en dirección a su mesa, al tiempo que mantenía la moneda levantada a la altura de los ojos y le daba vueltas para ver los reflejos.

El local se vaciaba con rapidez; las puertas batientes giraban como enloquecidas. El pianista

cerró de golpe la tapa del instrumento y salió detrás de los demás, en grandes y rápidas zancadas como de película cómica.

- ¡Sheb! -gritó la mujer a su espalda.

Su voz era una mezcla extraña de miedo y despotismo.

- ¡Vuelve aquí ahora mismo, Sheb! ¡Maldita sea!

Mientras tanto, el viejo se había refugiado en su mesa y hacía rodar la moneda sobre las desvencijadas tablas; los ojos del muerto viviente seguían la pieza con estúpida fascinación. La hizo bailar una segunda vez, y una tercera. Ya se le caían los párpados, y la cuarta vez, antes de que la moneda cesara de girar, la cabeza del anciano había caído sobre la mesa.

-Ahí lo tiene -dijo ella en voz baja y rencorosa-. Ha echado a todos los parroquianos. ¡Estará contento!

-Volverán -explicó el pistolero.

-No será esta noche.

—¿Quién es éste? -preguntó, señalando hacia el mascador de hierba.

—¡Váyase a...!

Completó las palabras con un gesto descriptivo de un imposible acto de masturbación.

-Necesito saberlo - insistió el pistolero, paciente -. Él...

-Habló con usted de una manera extraña. Nunca oí a nadie que hablase así -comentó ella.

-Busco a un hombre. Usted seguramente le habrá conocido.

Ella le miró fijamente, olvidado ya el enfado. La mirada pasó de la interrogación a un matiz húmedo y brillante, que él había visto otras veces. El desvencijado edificio escuchaba sus propios crujidos meditabundos, y un perro ladró en el horizonte. El pistolero aguardó. Ella vio que se había dado cuenta, y el brillo cedió a la desesperación y a un anhelo oscuro que no podía expresarse.

-Ya sabes el precio -dijo ella.

Él la contemplaba con atención. A oscuras, la cicatriz no sería visible. Aquel cuerpo delgado quizá hubiera resistido pasablemente el desgaste del desierto y de la fatiga diaria. Y en otro tiempo debió de ser una mujer bonita, o incluso bella. Aunque no importaba. No hubiera importado ni aunque en las tinieblas áridas de su vientre anidase la gusanera de un sepulcro. Estaba todo escrito.

Se cubrió la cara con las manos y entonces vio que todavía le quedaba algo dentro... para llorar.

- ¡No me mires! ¿Por qué has de mirarme de esta manera tan... sucia?

-Lo siento -dijo el pistolero-. Aunque lo esté, no pretendía ser sucio.

- ¡Todos decís lo mismo! -exclamó ella.

-Apaga las luces.

Ella lloraba con la cara escondida entre las manos. Eso le gustó, no porque así ocultase la cicatriz, sino porque era como si le devolviese la doncellez, ya que no la juventud. El imperdible que sujetaba el tirante del vestido relucía bajo la lámpara.

- Apaga las luces y cierra. ¿Crees que soy capaz de robar algo?

-No -susurró ella.

-Entonces, apaga.

No quiso descubrirse la cara hasta que él se volvió, y entonces fue apagando las lámparas una a una. Bajaba las mechas y soplaba la llama; ya a oscuras, le tomó de la mano. La de ella estaba caliente. Le guió escalera arriba. No había luces que ocultasen el acto.

VI

A oscuras, lió un par de cigarrillos, los encendió y le pasó uno a la mujer. La habitación

tenía un aroma a lilas frescas patético. El olor del desierto se le había superpuesto, lo había marchitado. Era como el olor del mar. Se dio cuenta de que tenía miedo al desierto que le esperaba.

-Se llamaba Nort -dijo ella. El tono acerado no había desaparecido de su voz-. Simplemente Nort. Murió.

El pistolero aguardó.

-Había sido tocado por Dios.

-Yo nunca Le he visto - dijo el pistolero.

- Estaba aquí desde siempre, que yo recuerde... Nort, quiero decir, y no Dios. -Rió entrecortadamente a oscuras - . Durante algún tiempo tuvo un puesto de buhonero. Empezó a beber. Empezó a oler a hierba. Luego se puso a fumarla. Los chicos le seguían por la calle y le echaban los perros. Llevaba unos viejos pantalones verdes que apestaban. ¿En tiendes?

-Sí.

-Finalmente se puso a mascarla. Por último se quedaba ahí, sentado, y no comía nada. A sus propios ojos quizá era un rey, y los chicos sus bufones, y los perros sus príncipes.

-Sí.

- Murió delante del establecimiento -continuó ella - . Se acercó tambaleándose por la acera (lo único que no tenía roto eran las botas, unas botas de maquinista que usaba), seguido de niños y de perros. Parecía un montón de perchas de alambre retorcidas y hechas un amasijo.

Se veía el resplandor del infierno en sus ojos, pero él sonreía con la misma mueca que las calabazas que esculpen los crios la víspera de Todos los Santos. Olía a sucio, y a podredumbre, y a hierba, y el jugo le resbalaba por las comisuras de la boca como una sangre verde. Creí que venía a escuchar el piano de Sheb. Y delante mismo de la puerta se detuvo e inclinó la cabeza. Yo estaba mirándole, y me pareció que escuchaba la llegada de la diligencia, aunque no era la hora. Entonces devolvió, y el vómito era negro y estaba lleno de sangre. Pasó por aquella sonrisa como el agua por la boca de una alcantarilla. El hedor era como para volverse loco. Luego levantó los brazos y cayó al suelo. Eso fue todo. Murió con la sonrisa en la cara, tumbado entre su propio vómito.

Ella temblaba, acostada al lado del hombre. Fuera continuaba el incesante lamento del viento, y a lo lejos, como en un sueño, se oyó el ruido de un portazo. Los ratones correteaban por dentro de las paredes. Muy en su fuero interno, el pistolero pensó que aquella casa sería la única del pueblo suficientemente próspera como para mantener ratones. Apoyó una mano en el vientre de la mujer, y ésta se sobresaltó con violencia, aunque se tranquilizó en seguida.

-El hombre de negro.

- Siempre has de salirte con la tuya, ¿no?

-Sí.

-Está bien. Te lo contaré.

Cubrió la mano del hombre con las suyas y empezó la narración.

VII

Llegó al anochecer del día en que murió Nort. y el viento azotaba como nunca, se llevaba la tierra polvorienta de los campos y empujaba bolas de matorral seco y plantones desarraigados de maíz por las calles de la población. Kennerly atrancó el establo, y los escasos tenderos cerraron los escaparates con los portones de madera y también los atrancaron. El cielo tenía el color amarillo de un queso viejo, y las nubes corrían como si hubiesen

visto algo horrible en los eriales desérticos de donde venían.

Se presentó con una carreta traqueteante de toldo tendido. Le vieron llegar, y el viejo Kennerly. tumbado junto a la ventana con la botella en una mano y la carne blanda y caliente de la teta izquierda de su segunda hija en la otra, decidió que si llamaban él no estaba.

Pero el hombre de negro pasó sin echar el freno y el giro veloz cíe las ruedas alzó una polvareda de la que prestamente se apoderó el viento. Parecía un sacerdote, o un monje; llevaba una túnica negra blanqueada por el polvo, y un amplio capuchón, que le cubría la cabeza y velaba sus facciones, ondeaba sacudido por el aire. Por debajo, asomaban unas fuertes botas herradas de puntera cuadrada.

Delante de lo de Sheb se detuvo sofrenando el caballo, que abatió la testa y pataleó el suelo. Tras dirigirse a la parte trasera de la carreta, desató un lado del toldo y sacó unas vetustas alforjas que se echó a la espalda, para cruzar luego las puertas batientes.

Alice le observó con curiosidad, pero nadie más reparó en su llegada. Los demás estaban borrachos como cubas. Sheb tocaba himnos de la iglesia metodista a ritmo de baile y los viejos mirones, que se habían
presentado a primera hora huyendo de la tormenta y para asistir al entierro de Nort. estaban ya roncos de tanto cantar. Sheb, borracho hasta el límite del embrutecimiento, alucinado y excitado por su propia supervivencia, tocaba con celeridad frenética y sus dedos volaban sobre las teclas como lanzaderas.

Las voces chillaban y aullaban pero no podían con el viento, aunque a veces parecieran a punto de desafiarlo. En un rincón, Zachary le había levantado las faldas por encima de la cabeza a Amy Feldon y se dedicaba a pintarle signos zodiacales en las rodillas. Circulaban por allí algunas mujeres más; todas relucían de una especie de ardor fervoroso. Sin embargo, las rachas de viento que entraban por las puertas batientes parecían burlarse de ellas.

A Nort lo habían tumbado sobre dos mesas reunidas en el centro del local. Las puntas de sus botas dibujaban una V mística. Tenía la boca abierta en una sonrisa desencajada, aunque alguien le había cerrado los ojos con dos postas. Entre las manos, replegadas sobre el pecho, le habían puesto un manojo de hierba del diablo. Apestaba como el demonio.

El hombre de negro se echó atrás la caperuza y se acercó a la barra. Alice le contempló, entre intimidada y poseída del deseo familiar que ocultaba dentro de sí. El recién llegado no ostentaba ningún símbolo religioso, aunque eso no implicaba nada de por sí.

-Whisky -dijo él. con voz bien entonada y agradable-. Del bueno.

Ella metió la mano debajo del mostrador y sacó una botella de Star. Nada le impedía sacar el habitual de la garrafa, pero no lo hizo. Sirvió el vaso mientras el hombre la contemplaba. Tenía ojos grandes y luminosos. La oscuridad no dejaba ver el color exacto. El deseo de ella se intensificó. Alrededor de ambos, el alboroto continuaba sin descanso. Sheb, aquel vago inútil, tocaba el himno de los Soldados de Cristo y, no se sabía cómo, había persuadido a la vieja Mili para que se pusiera a cantar. Su voz temblona y destemplada cortaba el ambiente de aquella babel como un hachazo en el cráneo de una ternera.

-¡Eh! ¡Allie!

Atendió a la mesa, resentida por el silencio del forastero, resentida por el color indefinible de sus ojos y por el calor de su propio regazo. Tenía miedo de sus propios deseos, que eran caprichosos y tan exigentes que no lograba dominarlos. Y eso podía ser el síntoma del cambio, que sería a su vez la señal del próximo ingreso en la ancianidad, condición ésa que en Tull solía ser tan breve y tan triste como una puesta de sol en invierno.

Sirvió cerveza hasta vaciar el barril, y hubo que espitar otro. No se le ocurrió pedirle a Sheb que lo hiciese porque, aun cuando él hubiera obedecido como perro fiel que era, antes se cortaría un dedo o lo pondría todo perdido de cerveza. Cuando se puso a ello, sintió sobre sí la mirada del forastero.

-Mucho trabajo -dijo él cuando ella se volvió.

No había tocado su vaso, limitándose a hacerlo rodar entre las palmas de las manos para calentar el contenido.

-El velatorio.

-Ya me había fijado en el finado.

-Son unos golfos -exclamó ella con súbita hostilidad-. Un hatajo de golfos.

-Eso les excita. Él está muerto. Ellos siguen vivos.

-Mientras vivió, valía menos que una colilla para ellos. No es justo que ahora...

Guardó silencio, incapaz de expresar lo que sentía o hasta qué punto le parecía obsceno.

- ¿Comedor de hierba?

-Sí. ¡Qué remedio! -dijo ella en tono acusador, pero él no bajó la mirada y ella enrojeció-. Lo siento. ¿Es usted un cura? Todo esto debe repugnarle.

—No lo soy, y no me repugna. -Apuró el whisky de un trago, sin hacer ninguna mueca-. Otro, por favor.

—Lo siento, pero antes he de ver el color de su dinero.

Él puso una moneda de plata sobre el mostrador. Estaba mal acuñada y tenía los cantos de espesor irregular. Y ella dijo lo que luego habría de repetir:

- No tengo cambio para esto.

Él meneó la cabeza como que no importaba, y miró distraídamente mientras ella rellenaba el vaso.

-¿Está de paso por el pueblo? -preguntó ella.

Transcurrió un largo rato sin que llegase la respuesta, y ella estaba a punto de repetir la pregunta cuando él meneó la cabeza, y dijo con súbita impaciencia:

-No hables de cosas triviales. Aquí hay un difunto.

Ella se echó atrás, ofendida y sorprendida. Lo primero que pensó fue que él había negado ser un religioso para ponerla a prueba.

-Tú te hiciste cargo de todo, ¿no es cierto? -preguntó él sin rodeos.

- ¿De qué? ¿De Nort? -rió ella, afectando indiferencia para ocultar su confusión -. Mire usted, creo que...

-Tienes buen corazón y un poco de miedo -continuó él -. Y él estaba enganchado con la hierba, y veía el infierno por la puerta de atrás. Y ahora está dentro y han cerrado la puerta sobre él. y tú no piensas que vaya a abrirse hasta que te llegue la hora, ¿no es cierto?

—¿Y quién eres tú para hablarme así, borracho?

—El señor Norton estiró la pata -declamó el hombre de negro, sardónico-. Está tan muerto como cualquiera. Tan muerto como tú o como cualquier otra persona.

—¡Fuera de mi establecimiento!

Se sintió invadida por un furor tembloroso, pero el calorcillo todavía irradiaba en sus entrañas.

-Está bien -dijo él - . Está bien. Pero espera un momento y verás. Los ojos eran azules. Ella sintió una súbita paz mental, como si acabase de tomar una droga.

- ¿Lo ves? -preguntó él -. ¿Lo has visto?

Ella asintió con la cabeza, aturdida, y él prorrumpió en una sonora carcajada; una risa melodiosa, fuerte, franca, que hizo que todas las cabezas se volvieran. El se volvió de cara al público, súbitamente convertido en centro de atención por efecto de alguna alquimia desconocida. La voz de la tía Mili perdió volumen y calló, dejando en el aire un gallo final. Sheb marró un acorde y dejó de tocar. Miraban al forastero con incertidumbre. Fuera, la arena tamborileaba contra las paredes del edificio.

El silencio se alargaba, se generalizaba. Ella se había quedado sin respiración, y cuando bajó los ojos vio que tenía las dos manos apretadas contra el vientre, debajo del mostrador. Todos le miraban a él, y él les miraba a ellos. Y entonces volvió a reír, con fuerza, con ganas,

con carcajadas irrefutables. Pero nadie tenía deseos de hacerle coro.

- ¡Os voy a mostrar un milagro! -les gritó.

Pero ellos se limitaban a mirarle, como niños obedientes que han sido obligados a presenciar el número de un ilusionista, aunque ya no tengan edad para creer en él.

El hombre de negro se adelantó de un salto, y la tía Mili retrocedió espantada. Él sonrió con malicia y le dio una palmada en la obesa barriga. A lo que ella soltó un breve cacareo forzado, y el hombre de negro irguió la cabeza.

- Mejor así, ¿no?

La vieja Mili cacareó de nuevo y, de repente, rompió en sollozos entrecortados y salió corriendo a ciegas. Los demás contemplaron la espantada en silencio. La tormenta arreciaba fuera: las sombras se daban caza unas a otras, sucediéndose en el gigantesco ciclorama blanco del cielo. Al lado del piano, a un hombre que se había olvidado de la cerveza que sostenía en la mano se le escapó un gruñido o gemido involuntario.

El hombre de negro se detuvo junto a Nort y contempló sonriendo aquellos despojos. El viento aullaba, silbaba y retumbaba. Algún objeto de gran tamaño golpeó la pared del edificio y rebotó, empujado de nuevo por la ventisca. Uno de los que estaban junto a la barra volvió en sí y salió con grandes zancadas grotescas. Un trueno descargó con su secuela rodante de ecos.

- Bien, bien -sonrió el hombre de negro-. Vamos allá.

Empezó a escupir sobre la cara de Nort, apuntando con cuidado.

Los salivazos brillaron sobre las arrugas de la frente y se desprendieron en gotas del pico descarnado de la nariz.

Debajo del mostrador, las manos de ella se agitaron furiosamente.

Sheb soltó una risotada de bobo y se acercó, encorvado. Empezó a carraspear y a soltar gargajos, gruesos y espesos. El hombre de negro

bramó de satisfacción y le dio una palmada en la espalda. Sheb sonrió mostrando su diente de oro.

Unos cuantos huyeron; otros hicieron corro alrededor de Nort. Tenía la cara y las arrugas del cuello y del pecho relucientes de líquido... tan escaso en aquella región reseca. Y de pronto, como si alguien hubiera hecho una señal, todo cesó. Todos jadeaban, fatigados, ansiosos.

De improviso, el hombre de negro saltó por encima del cadáver, dando una voltereta. Describió un arco perfecto, como el de un chorro de agua, aterrizó sobre las manos, rebotó, cayó de pie, y repitió el salto en sentido contrario. Uno de los espectadores aplaudió inconscientemente y luego retrocedió con súbito espanto, se cubrió la boca con la mano y echó a correr hacia la puerta.

Nort se había estremecido la tercera vez que el hombre de negro pasó por encima de él.

Un rumor pasó por entre los espectadores, más bien un murmullo, y luego callaron. El hombre de negro echó la cabeza atrás y exhaló un alarido. Su pecho se agitaba furiosamente, fatigado, y luego continuó sus volteretas, saltando de un lado a otro. Pasaba sobre el yacente Nort como un chorro de líquido entre dos jarras. En el local sólo se oía el jadeo de su respiración y el aliento potente de la tempestad.

Nort respiró una vez, con angustia; sus manos se estremecieron y arañaron las tablas. Sheb profirió un grito agudo y huyó, seguido de una de las mujeres.

El hombre de negro saltó una vez más, dos, tres. El cuerpo yacente se sacudía, se retorcía, pataleaba, despedía un tufo insoportable a podredumbre y a excrementos y descomposición. Sus ojos se abrieron.

Alice sintió como si sus propios pies la empujasen hacia atrás y cayó contra el espejo, que retembló de arriba abajo, y ella rebotó como un palo, presa de un pánico ciego.

-Telo devuelvo -le gritó el hombre de negro, jadeante -. Ya puedes dormir tranquila. Ni siquiera eso es irreversible. Aunque... bien mirado... ¡es bien raro!

Y soltó otra carcajada.

La risa se extinguió mientras ella corría escalera arriba, y no se detuvo hasta que la puerta que daba a las tres habitaciones del piso superior estuvo cerrada y con el pasador echado.

Entonces se echó a reír, mientras se tambaleaba sobre sus pasos, y finalmente la risa seca se convirtió en un sollozo, que se confundió con el viento.

En la planta baja. Nort, andando como un aparecido, salió a la intemperie dispuesto a recoger hierba. El hombre de negro, convertido en el único parroquiano del establecimiento, le siguió con la mirada, sonriente todavía.

Aquella noche, cuando haciendo un esfuerzo ella se atrevió a bajar con un candil en una mano y un palo grueso en la otra, el hombre de negro había desaparecido, con su carreta y todo. Pero Nort estaba allí.

sentado junto a la puerta como si nunca se hubiera movido. Apestaba a hierba, aunque no tanto como cabía esperar.

Alzó la mirada al oírla y le dirigió una sonrisa incierta.

-Hola, Allie.

-Hola, Nort.

Dejó el palo en un rincón y se puso a encender las lámparas, aunque procurando no darle la espalda.

-He sido tocado por Dios -continuó él-. Ahora no moriré. Él lo dijo. Era una promesa.

-Qué suerte para ti, Nort.

Se le escapó la mecha de entre los dedos temblorosos y se agachó para recogerla.

-Creo que voy a dejar de mascar hierba -dijo-. Ya no me gusta. Y no me parece bien que un hombre tocado por Dios coma hierba.

-Entonces, ¿por qué no lo dejas?

En su estado de exasperación volvió a contemplar en él a un hombre y no a un milagro infernal. Lo que vio fue un espécimen de aspecto más bien lastimoso, bajito y con aspecto de estar avergonzado y con resaca. Ya no volvería a tener miedo de él.

-Tiemblo -continuó él -. Y la echo en falta. No puedo contenerme. Allie, tú siempre has sido buena conmigo.

Se echó a llorar.

-Ni siquiera soy capaz de contenerme y no mearme en los pantalones.

Ella se acercó a la mesa, y luego titubeó sin saber qué hacer.

- Si él hubiera querido, podía haberme librado de esa necesidad

-dijo él entre sollozos-. Si podía hacer que viviera, también pudo hacer eso. No me quejo..., preferiría no tener que quejarme...

Miró a su alrededor con espanto y susurró:

—Puede que caiga muerto si lo hago.

—A lo mejor lo dijo en broma. Parece que tiene bastante sentido del

humor.

Nort se sacó el pañuelo de debajo de la camisa y con él un puñado de hierba. Inconscientemente, ella la arrojó al suelo de un manotazo, y retiró en seguida la mano, horrorizada de su propio atrevimiento.

-No puedo evitarlo, Allie. no puedo...

E hizo ademán de recoger el puñado.

Aunque hubiera podido impedirlo, ella no lo hizo. Prefirió continuar encendiendo las lámparas, agotada de cansancio, y eso que la noche apenas había empezado. Pero aquella noche nadie volvió por allí, excepto el viejo Kennerly, que no se había enterado de nada. No dio muestras de sorpresa cuando vio a Nort, sino que se limitó a pedir cerveza; preguntó dónde estaba Sheb y le metió mano a Alice. Al día siguiente todo fue casi normal, excepto que los niños ya no perseguían a Nort por la calle. Al otro día, la vida recobró su ritmo habitual. Los niños se dedicaron a recoger las mazorcas de maíz arrancadas, y una semana des-

pues de la resurrección de Nort hicieron con ellas una gran hoguera en medio de la calle. El fuego, aunque de escasa duración, tuvo unos instantes de esplendor y casi todos los parroquianos salieron a verlo. Parecían hombres de las cavernas. Sus rostros parecían flotar entre las llamas y el brillo gélido del cielo. Mientras los contemplaba. Allie sintió una punzada de desesperación y cayó sobre ella toda la tristeza del mundo. Todo estaba deslabazado: ya no había lazos que unieran las cosas por su centro. Y ella no había visto jamás el mar, ni llegaría a verlo.

- ¡Si tuviera más redaños! -murmuró - . Redaños... redaños...

Nort alzó la cabeza al oír su voz, y le dirigió una sonrisa vacua desde su infierno particular. Ella no tenía redaños. Sólo un bar y una cicatriz.

El fuego se extinguió pronto y los clientes regresaron al establecimiento. Ella empezó a servirse del whisky Star y hacia la medianoche estaba completamente borracha.

VIII

Terminó el relato, y como no hubo ningún comentario de parte de él, al principio ella creyó que se habría quedado dormido. Empezaba a dormirse también, cuando él preguntó:

—¿Eso fue todo?

—Sí, eso fue todo. Es muy tarde.

-¡Hum!

Se puso a liar otro cigarrillo.

—No me llenes la cama de migas -dijo ella en tono algo más agrio de lo que se había propuesto.

—No.

Silencio otra vez. como si ya estuviera todo dicho entre ellos. La lumbre del cigarrillo se avivaba a intervalos.

- Mañana te irás -dijo ella con voz soñolienta.

-Debería hacerlo. Me parece que esto es una trampa que han tendido para mí. un lazo.

—No te vayas -dijo ella.

—Ya veremos.

Se volvió de espaldas, pero ella ya estaba tranquila. Se quedaría. Empezó a dormirse.

Al borde del sueño, ella recordó de nuevo la manera con que se le había dirigido Nort, en un idioma extraño. Ni antes ni después, el forastero había demostrado emoción alguna. Incluso su modo de hacer el amor era silencioso; sólo en el último instante se hizo más pesada su respiración y al fin se detuvo un minuto. Era como un personaje de cuento de hadas o de leyenda, el último de su especie en un mundo que estaba escribiendo la última página de su libro. No importaba. Se quedaría durante unos días. Mañana, o pasado mañana, habría tiempo para pensar. Y se durmió.

IX

Por la mañana, ella cocinó un plato de sémola que él devoró sin comentario alguno. Iba metiéndose cucharadas en la boca sin reparar en ella y sin verla apenas. Sabía que era preciso partir. A cada minuto que él permaneciese allí, el hombre de negro cobraba ventaja; seguramente ya se hallaría en el desierto. Iba hacia el sur sin desviarse en ningún sentido.

—¿Tenéis algún plano?

—¿Del pueblo? -rió ella-. No es tan grande que necesite un plano.

- No. De lo que se encuentra al sur de aquí.

La sonrisa de la mujer se desvaneció.

-El desierto, ¡qué va a haber! Creí que te quedarías algún tiempo.

- ¿Qué hay al sur del desierto?

- ¡Cómo voy a saberlo! Nadie se atreve a cruzarlo. Nunca lo intentó nadie, que yo sepa.

Secándose las manos en el delantal, se hizo con unos trapos y luego vació el agua caliente de un caldero en el desagüe, lo que levantó salpicaduras y nubes de vapor.

Él se puso en pie.

- ¿Adonde vas? -exclamó ella, disgustada consigo misma por la angustia que resonó en su voz.

- Al establo. Si alguien lo sabe, ha de ser el mozo de cuadra.

Apoyó las manos en los hombros de ella, y estaban cálidas.

-Además, he de cuidar de mi mula. Debe estar bien atendida mientras me quede aquí. Para cuando quiera irme.

Pero no ahora. Ella alzó la mirada:

-Cuidado con el viejo Kennerly. Cuando no sabe una cosa, la inventa.

Cuando él hubo salido, ella se volvió hacia la pileta, quemándole en las mejillas los regueros ardientes de las lágrimas de gratitud.

X

Kennerly era desdentado, desagradable, y vivía agobiado de hijas. Dos de éstas, adolescentes, espiaron al pistolero desde las sombras de la cuadra. Una cría gateaba muy contenta por entre las inmundicias, y otra hija ya adulta, rubia, sucia, sensual, miraba con descarada curiosidad mientras sacaba agua de una bomba rechinante, emplazada junto al edificio.

El mozo de cuadra le recibió a medio camino entre la puerta del establecimiento y la calle. Sus modales oscilaban entre la hostilidad y una especie de adulación cobarde; era como un perro callejero que hubiese recibido demasiados puntapiés.

-Está bien cuidada -anunció, y antes de que el pistolero pudiera contestar Kennedy se volvió para gritar a su hija - : ¡Entra en la casa te digo, Soobie! ¡Entra ya, maldita seas!

Remolona, Sobre arrastró el cubo de agua hacia la choza anexa a los corrales.

-Se refería a mi mula -empezó el pistolero.

-Sí, señor. Hace mucho que no veía una mula. En otros tiempos se criaban salvajes y nadie las quería, pero el mundo ha cambiado mucho. No he visto más que algunos bueyes, y los caballos de la diligencia y... ¡pero Soobie! ¡Te voy a dar una somanta!

-No muerdo -dijo el pistolero en tono conciliador.

Kennerly se encogió un poco.

-Si no es por usted. No señor, no es por usted -sonrió, rastrero-. Es que es una desobediente. Es un demonio. -Se le velaron los ojos y prosiguió -: Lo que pasa es que se acerca e! final de los tiempos, señor. Ya sabe usted lo que dice el Libro. Los hijos no obedecerán a sus padres y la aflicción caerá sobre las multitudes.

El pistolero asintió, y luego señaló con un ademán hacia el sur.

- ¿Qué hay por allá?

Kennerly sonrió de nuevo, descubriendo las encías y unos cuantos dientes amarillentos, que parecían huir los unos de los otros.

-Colonos. Mala hierba. Desierto. ¿Qué otra cosa va a haber? -cacareó, mientras sus ojos escrutaban fríamente al pistolero.

—¿Es muy grande el desierto?

—Grande.

Kennerly se puso serio. Procuraba parecer serio. Pero la mezcla oculta de burla, de miedo y de adulación agitaba incesantemente sus facciones.

-Quizá trescientas millas, o puede que mil. No puedo decírselo, señor. Ahí no hay más que hierba del diablo, y tal vez demonios.

-Para alla fue el otro forastero, el que curó a Nort cuando estuvo enfermo.

Kennerly recobró la sonrisa.

-Bien, bien. Es posible. Pero nosotros somos gente adulta, ¿no?

- Sin embargo, usted cree en los demonios,

Kennerly asumió un aire ofendido.

-Eso es muy diferente.

El pistolero se quitó el sombrero y se secó el sudor de la frente. El sol caía a plomo. Kennerly fingió no darse cuenta. En la penumbra del establo, la cría pequeña, muy seria, se untaba la cara de porquería.

- ¿No saben qué hay al otro lado del desierto?

Kennerly se encogió de hombros.

-Alguien lo sabrá; hará unos cincuenta años la diligencia lo cruzaba en parte. Al menos, eso decía mi padre. Decía que había unas montañas, otros dicen que el mar, un océano verde lleno de monstruos. Y algunos dicen que es el final del mundo. Allí no hay nada más que unas luces que ciegan a los hombres, y la cara de Dios con la boca abierta para tragárselos.

-Tonterías -dijo secamente el pistolero.

-Claro que lo son.

Kennerly se acható de nuevo, cargado de odio y de miedo, pero deseando complacer.

-Procure que cuiden de mi mula.

Le arrojó otra moneda a Kennerly. que éste cazó al vuelo.

-Seguro. ¿Piensa quedarse algún tiempo?

-Creo que sí.

-Eso es que Allie es muy amable cuando ella quiere, ¿verdad?

- ¿Cómo dice? -preguntó el pistolero, distante.

Un terror súbito apareció en los ojos de Kennerly, como un par de lunas gemelas asomando sobre el horizonte.

-No, nada. Ni una palabra. Si lo hice, lo siento.

Vio que Soobie estaba asomada a una ventana y la emprendió contra ella:

- ¡Te la has ganado, mocosa! ¡Verás la paliza que te doy!

El pistolero se alejó, consciente de que Kennerly le seguía con la mirada y consciente de que, si se volvía, le sorprendería con alguna emoción auténtica y no disimulada reflejándose en la cara. Así que lo dejó correr. Hacía demasiado calor. Lo único que se sabía con certeza acerca del desierto eran sus grandes dimensiones. Además, aún no había terminado la partida en aquel pueblo. Todavía no.

XI

Estaban en la cama cuando Sheb abrió la puerta de un puntapié y entró con el cuchillo.

Habían pasado cuatro días, como un suspiro. Había comido, dormido y hecho el amor con Allie. Descubrió que ella sabía tocar el violín e hizo que tocara para él. Ella se sentó junto a la ventana bañada por la luz blancuzca del amanecer, de perfil, y tocó una melodía lenta que habría quedado bien si se hubiese ensayado más. Él sentía por ella un afecto cada vez mayor (aunque al mismo tiempo algo distante), y pensó si sería ésa la trampa que le había tendido el hombre de negro antes de alejarse. Leyó revistas antiguas, de papel quebradizo y fotografías descoloridas, y procuró no pensar en nada.

No oyó cómo subía el diminuto pianista; había perdido reflejos. Y tampoco eso le preocupó, aunque en otro tiempo y en otro lugar le habría asustado muy seriamente.

Allie estaba desnuda y con la sábana en la cintura, y se disponían a hacer el amor.

-Como la otra vez, por favor -decía-. Por favor... lo necesito...

La puerta se abrió con estrépito y el pianista emprendió su ciego y ridículo asalto contra el sol. Allie no gritó, pese a que Sheb esgrimía un cuchillo de carnicero de veinticinco centímetros de hoja. Al mismo tiempo, Sheb emitía un balbuceo incomprensible, como la voz de un hombre al que hubieran metido la cabeza en un cubo lleno de inmundicias, y esparcía salpicaduras de saliva. Asestó una cuchillada con ambas manos, y el pistolero le agarró ambas muñecas y se las retorció. El cuchillo salió volando por el aire, y Sheb lanzó un grito agudo como el chirrido de una persiana oxidada. Sus manos colgaban como las de un títere sin hilos, con las dos muñecas rotas. El viento azotaba la ventana. El espejo de la habitación de Allie reflejaba el interior, un poco velado y deformado.

- ¡Es mía! -sollozó él -. ¡Era mía desde antes! ¡Mía!

Allie le miró y salió de la cama para ponerse una bata. El pistolero comprendió por un instante al hombre que veía perdido lo que fuera suyo en otro tiempo. No era más que un hombre pequeño y castrado.

-Era todo para ti -lloró Sheb -. Todo lo hice sólo por ti, Allie. Tú eras lo primero de todo... ¡Ay, Dios mío...!

Las palabras se disolvieron en un paroxismo de balbuceos ininteligibles, y finalmente en un acceso de llanto. El infeliz se mecía con las muñecas rotas recogidas en el regazo.

- ¡Chist! Deja que vea. -Ella se arrodilló a su lado-. Están rotas.

¡Qué burro eres, Sheb! ¿Es que no te das cuenta de que nunca has tenido demasiada fuerza?

Le ayudó a ponerse en pie. Él intentaba cubrirse la cara con las manos, pero como éstas no le obedecían, tuvo que seguir llorando a cara descubierta.

- Acércate a la mesa. a ver si puedo curarte.

Le condujo a la mesa y le entablilló las muñecas con teas. Él lloraba débilmente, perdida toda voluntad, y salió sin mirar atrás. Ella regresó a la cama.

—¿Por dónde íbamos?

—No -dijo él.

Ella dijo con paciencia:

-Sabías lo que iba a ocurrir. No se podía evitar. A fin de cuentas, no ha pasado nada. -Le tocó el hombro-. Sólo que me alegro de que seas tan fuerte.

-Ahora no -dijo él, soñoliento.

-Yo te daré fuerzas.

-No -replicó él -. No hagas eso.

XII

La noche siguiente el bar permaneció cerrado. Era lo que pasaba por ser el Sábbat en Tull. El pistolero se acercó a la diminuta y desvencijada iglesia, junto al cementerio, mientras Allie cepillaba las mesas con un

desinfectante fuerte y limpiaba con agua y jabón los tubos de los quinqués.

Caía una extraña neblina de color púrpura, y la iglesia, iluminada por dentro, vista desde fuera casi parecía el horno de una fragua.

-Yo no voy -había dicho Allie, tajante-. Esa predicadora se dedica a envenenar las mentes. Es una función para la gente respetable.

Se quedó en el atrio, oculto en la oscuridad, para observar a la concurrencia. No había bancos y la congregación estaba de pie (vio a Kennerly con toda su prole; a Castner, el rico del pueblo, dueño del vetusto almacén de granos, con su mujer, magra como un tablón; a algunos de los parroquianos del bar; a algunas mujeres «del pueblo» que no conocía y, lo más sorprendente, al mismo Sheb). Cantaban desaliñadamente una pieza coral. Contempló, curioso, a la mujer descomunal que ocupaba el púlpito. Allie le había dicho:

-Vive sola y casi nunca ve a nadie. Sólo sale los domingos a atizar los fuegos del infierno. Se llama Sylvia Pittston. Está loca, pero los tiene hechizados. Les gusta así. Va con ellos.

Pero no había descripción que pudiera dar una idea justa de aquella mujer. Sobre unos pechos puestos encima del púlpito a manera de terraplén, se alzaba la columna del cuello para sustentar una cara redonda, lunar, de facciones abotargadas presididas por unos ojos tan negros y tan enormes que parecían pozos sin fondo. Tenía el cabello de un hermoso color castaño, y lo llevaba anudado en un caprichoso moño puesto sobre la coronilla, y sujeto con un alfiler tan grande que hubiera servido de espetón para asar. El vestido que llevaba parecía hecho de arpillera y los brazos que sujetaban el libro de himnos eran como jamones. La piel era blanca, sin defectos y de matiz agradable. Le calculó unos ciento cuarenta kilos de peso, y sintió un súbito deseo de ella, tan intenso que se echó a temblar y tuvo que volver la cabeza para no mirar.

Por eso no temeremos aunque se conmueva la tierra, y sean trasladados los montes al medio del maaaar... Un río caudaloso alegra la ciudad de Dios, el Altísimo ha santificado su Tabernáculo.

La última nota del último salmo se extinguió, y hubo un turno de arrastrar los pies y toser.

Ella aguardó; cuando hubieron recobrado la compostura, alzó las manos sobre ellos como si los bendijera. Fue un gesto evocador.

- Mis queridos hermanos y hermanas en Cristo.

Era un comienzo inquietante; por unos momentos, el pistolero experimentó una mezcla de sentimientos de nostalgia y de temor, combinada con una alucinante sensación de *deja vu.* «Esto lo he soñado», pensó. ¿Cuándo? Prefirió dejarlo correr. Los asistentes (unos veinticinco en total, quizá) guardaban absoluto silencio.

-El tema de nuestra meditación de esta noche es El Intruso.

Tenía una voz dulce, melodiosa, y la vocalización perfecta de una soprano de alta escuela.

Hubo una oleada de expectación entre los oyentes. Sylvia Pittston continuó en tono meditativo:

- Creo... creo que puedo decir que conozco personalmente a todos los personajes del Libro. En los últimos cinco años he gastado cinco Biblias, y he perdido la cuenta de las que tuve antes. Me gusta el relato y me gustan los personajes de ese relato. He andado del brazo de Daniel en el foso de los leones. Estuve al lado de David cuando se sintió tentado al ver a Betsabé en el baño. Entré en el horno con Shadrac. Meshac y Abednego. Ayudé a Sansón cuando la matanza de los dos mil, y quedé ciega con san Pablo en el camino de Damasco, y he llorado junto a María en el Gólgota.

Un suspiro de emoción recorrió la audiencia.

-Los he conocido y los he amado. Pero hay uno... uno... -repitió alzando el índice al aire - , sólo uno de los intérpretes de este magno sueño, (el más grande de todos), a quien no conozco. Ese uno es el que permanece fuera y oculta su cara entre las sombras. Ese uno es el que hace temblar mi cuerpo y atormenta mi espíritu. A ése le temo. Desconozco lo que piensa y le tengo miedo. Temo al Intruso.

Otro suspiro. Una de las mujeres se tapó la boca con la mano como para ahogar una manifestación demasiado ruidosa, y empezó a balancearse de un lado a otro.

-Es El Intruso que se presentó a Eva en forma de serpiente, arrastrándose sobre su barriga, haciendo anillos y con hablar melifluo. Fue El Intruso quien anduvo entre los hijos de Israel mientras Moisés subía al Monte, el que les sugirió que fundieran el oro para fabricar un ídolo, el becerro de oro, y que lo adorasen con inmundicias y fornicación.

Suspiros, gestos de asentimiento.

- ¡El Intruso! Él estuvo en el balcón al lado de Jezabel para contemplar la muerte del rey Ahab, y ambos rieron mientras los perros lamían

su sangre. ¡Ah. mis hermanos y hermanas! ¡Desconfiad de la presencia
del Intruso!

-¡Sí! ¡Oh, Jesús!

Era el primer hombre a quien había visto el pistolero al entrar en el pueblo, el del sombrero de paja.

—Siempre ha estado ahí. hermanas y hermanos míos. Pero desconozco sus intenciones. Y vosotros tampoco podéis conocerlas. ¿Cómo
sondear las negruras horribles, lo que se agita en ellas, los monolitos
de la soberbia, las enormidades de la blasfemia, los goces perversos?
¡Y la locura! ¡La locura ciclópea y babeante que se arrastra y que repta, y que penetra en los deseos y los impulsos más pecaminosos del ser humano!

—¡Oh Jesús, sálvanos!

- El fue quien llevó a Nuestro Señora la montaña...

-¡Sí!

-El fue quien le mostró todas las riquezas y todos los placeres del mundo para tentarle...

-Y El será el que regrese cuando suene la Hora Final en este mundo..., y cuando esa hora llegue, ¿no lo sabréis vosotros, hermanas y hermanos míos'.'

-¡Sí!

Agitada y sollozante, la congregación era como un océano; la mujer se dirigía a todos a la vez y a ninguno.

-Entonces será él quien aparecerá bajo la figura del Anticristo para conducir a los hombres hacia los abismos llameantes de la perdición, a la consumación sangrienta de la maldad, cuando la estrella Ajenjo aparezca reluciente en el cielo y la hiel devore las entrañas de los niños, y los vientres de las mujeres den a luz monstruosidades, y las obras de los hombres se conviertan en sangre en sus manos...

—Aaaah...

—¡Ay. Dios mío!

—¡Uuuuuuhh...!

Una mujer cayó al suelo, pataleando desesperadamente, y perdió un zapato.

-Él es el que asiste a todos los placeres de la carne... Él... ¡El Intruso!

-¡Oh, Señor!

Un hombre cayó de rodillas, con la cabeza entre las manos, como presa de un ataque.

—Cuando tomáis un trago de aguardiente, ¿quién sostiene la botella?

—¡El Intruso!

-Y cuando os sentáis a jugar una partida, ¿quién reparte las cartas?

- ¡El Intruso!

-Y cuando violáis la carne de otro cuerpo, cuando os mancháis a vosotros mismos, ¿a quién vendéis vuestras almas?

- ¡Oh, Jesús!

-…In…

-¡Oh, Dios! ¡Oh! ¡Ah!

-... truso...

-Ay... ay... ay...

- ¿Y quién es ese enemigo? -aulló ella.

(Pero controlándose por dentro; el pistolero pudo notar el dominio, la maestría, el control de la situación. Y pensó de pronto, aterrorizado y absolutamente seguro de estar en lo cierto: «ha sido él. Ha dejado un demonio dentro de ella. Está hechizada». Y sintió de nuevo el aguijón del deseo sexual, a pesar de su temor.)

El hombre que se sujetaba la cabeza se adelantó dando traspiés, y levantó los ojos hacia la predicadora para gritar:

- ¡Estoy en el infierno! -Y sus facciones se contorsionaron como si tuviera serpientes debajo de la piel -. ¡He fornicado! ¡He sido jugador! ¡He comido hierba! ¡He pecado! ¡He...!

Para entonces su voz era ya un alarido incomprensible. Y se sujetaba la cabeza como si fuese un melón a punto de reventar en cualquier momento.

El auditorio se inmovilizó como obedeciendo a una voz de mando, y todos quedaron inmóviles en sus variadas posturas es éxtasis semierótíco.

Sylvia Pittston bajó la mano y tocó la cabeza del hombre. Los sollozos de éste cesaron mientras los dedos de la mujer, blancos y fuertes, acariciaban suavemente sus cabellos. Él la miró con aire atónito.

—¿Quién estuvo contigo mientras pecabas? -le preguntó, clavando en él una mirada misericordiosa a la vez que severa, que le caló en lo más hondo.

—El... El Intruso.

—¿Cuál es su nombre?

—¡Satanás!

Un susurro de espanto recorrió la asamblea.

- ¿Renunciarás a él?

La respuesta fue inmediata:

- ¡Oh. sí! ¡Sí! ¡Jesús! ¡Mi Salvador!

Ella le sacudió la cabeza, y él la miró con los ojos sumisos y la mirada ciega del fanático.

-Si ahora él entrase por esa puerta -y apuntó con el dedo hacia el vestíbulo, a la penumbra donde se ocultaba el pistolero-, ¿serías capaz de renunciar a él en su presencia?

- ¡ Lo juro por mi madre!

—¿Crees en el amor eterno de Jesús?

Él empezó a llorar.

—¡Cono, sí creo!

—Él te perdona esas palabras, Jonson.

—Alabado sea el Señor -dijo Jonson. llorando todavía e inconsciente por completo de lo que había dicho o hecho.

—Yo sé que Él te perdonará, y que expulsará a los recalcitrantes de su palacio y los arrojará a las tinieblas ardientes.

—¡Alabado sea el Señor! -exclamó la congregación a coro, con solemnidad, agotada y totalmente entregada.

-Yo sé que El Intruso, que Satanás, el Señor de las Moscas y de las Serpientes finalmente será aplastado y derribado... ¿le aplastarás tú con tus pies en cuanto le veas, Jonson?

—Sí, y alabado sea el Señor... -sollozó Jonson.

—¿Le aplastaréis con vuestros pies en cuanto le veáis, hermanas y hermanos míos?

Un «sí» de general satisfacción fue la respuesta.

—¿Aunque apareciese mañana mismo en nuestra calle principal?

—¡Loado sea el Señor!

El pistolero, divertido y al mismo tiempo inquieto, salió con disimulo y regresó al pueblo. En la calle se respiraba el olor del desierto. Casi había llegado el momento de la partida. Casi.

XIII

En la cama, otra vez.

-No querrá recibirte -dijo Allie, con algo de espanto-. No recibe a nadie. Sólo sale los domingos por la noche, para meter el miedo en el cuerpo a todo el mundo.

—¿Hace mucho que anda por aquí?

—Doce años, o así. No hablemos más de ella, ¿quieres?

—¿De dónde vino? ¿En qué dirección?

—No lo sé.

Era mentira.

-¿Allie?

—¡No losé!

-¿Allie?

—¡Basta! ¡Basta! ¡De la región de los colonos! ¡Del desierto!

—Me lo figuraba. -Y un poco más tranquilo ya-: ¿Dónde vive?

Ella bajó un poco la voz.

-Si te lo digo, ¿harás el amor conmigo?

- Ya sabes la contestación a eso.

Ella suspiró; fue un sonido viejo y amarillento, como volver una página.

-Tiene una casa al otro lado de la loma que está detrás de la iglesia. Es una barraca. Allí solía vivir el... verdadero clérigo, hasta que se largó. ¿Te basta con eso? ¿Estás satisfecho?

- No. Todavía no -replicó él. y se echó sobre ella.

XIV

Era el último día. y él lo sabía.

El cielo amaneció de un feo color púrpura, que los primeros rayos de la aurora iluminaban extrañamente desde abajo. Allie se movía por todas partes como un remolino, encendía lámparas, atendía a las sartenes en donde se freían las migas de maíz. Él la había amado infatigablemente tan pronto como ella le hubo contado lo que él deseaba, y ella, intuyendo la proximidad del fin, se le había entregado como nunca, con desesperación hacia el amanecer, poniendo en ello la energía recuperada de los dieciséis años. Aquella mañana estaba pálida, y otra vez se sentía al borde de la menopausia.

Le sirvió el desayuno sin pronunciar palabra. Él comió con rapidez, sin masticar apenas, deglutiendo los bocados con la ayuda del café caliente. Allie se acercó a las puertas batientes y contempló el crepúsculo matutino y el desfile de los batallones silenciosos de las nubes.

- Hoy habrá tempestad de polvo.

-No me sorprende.

- Pero ¿hay algo que te sorprenda? -preguntó ella en tono irónico,

y se volvió para mirarle mientras él buscaba su sombrero.

Se lo caló sobre la cabeza y pasó al lado de ella.

-Algunas cosas sí -replicó.

Fue la penúltima vez que la vio viva.

XV

Cuando llegó a la cabaña de Sylvia Pittston, el viento se había calmado y el mundo entero parecía en suspenso, a la espera de algún cataclismo. Llevaba en tierras desérticas el tiempo suficiente como para saber que cuanto más se prolongara la calma más dura sería la tormenta cuando el viento, al fin, se decidiese a soplar de nuevo. Una luz extraña y tría bañaba todas las cosas.

Sobre la puerta de la casucha habían clavado una gran cruz de madera, ya fatigada y torcida.

Llamó con el puño y aguardó. No hubo respuesta. Volvió a llamar, y nada. Retrocedió unos pasos y pateó la puerta con la bota derecha, poniendo en ello todas sus fuerzas. El pequeño pasador del otro lado saltó y la puerta fue a dar contra la débil pared de tablones; dos o tres ratas huyeron espantadas. Sylvia Pittston estaba sentada en la sala, sobre una gigantesca mecedora de madera oscura, y le miró tranquilamente con aquellos grandes ojos negros. La débil luz dibujaba terroríficos claroscuros en sus mejillas. Llevaba un pañuelo al cuello y la mecedora emitía leves crujidos.

Ambos se miraron en silencio durante largo rato.

-No le atraparás nunca - dijo ella-. Andas por mal camino.

-Estuvo contigo -dijo el pistolero.

-Y en mi cama. Me habló en la Lengua Sagrada, y....

-Y te echó un palo.

Ella no se dio por ofendida.

—Vas por mal camino, pistolero. Caminas en la oscuridad. La otra noche estabas en la oscuridad del lugar sagrado. ¿Creíste que no te vería?

—¿Por qué curó al comedor de hierba?

- Era un ángel del Señor. Él mismo lo dijo.

-Supongo que sonreiría al decirlo.

Ella descubrió los dientes en un rictus de involuntaria ferocidad. -*Me* dijo que le seguirías, y lo que yo debía hacer. Dijo que eres el Anticristo.

El pistolero meneó la cabeza. -El no dijo tal cosa.

Ella le sonrió, perezosa:

-También dijo que querrías acostarte conmigo. ¿Quieres?

-Sí.

-El precio es tu vida, pistolero. Él puso un hijo en mí.... el hijo de un ángel. Si tú me invades...

Dejó que la sonrisa perezosa completase la idea. Al mismo tiempo hizo un movimiento con sus enormes, sus montañosos muslos prietos, que se dibujaban debajo de la ropa como losas de mármol. El efecto era mareante.

El pistolero dejó caer ambas manos sobre las culatas de sus armas.

-Es un demonio lo que llevas, mujer. Yo puedo quitártelo.

El efecto fue instantáneo. Ella se echó atrás hasta chocar con el respaldo de la mecedora y compuso una mueca de alimaña acorralada.

- ¡No me toques! ¡No te acerques! ¡Note atreverás a tocar a la novia de Dios!

-Cierra el pico -dijo el pistolero, sonriendo, y avanzó hacia ella.

La montaña de carne retembló sobre su mecedora. Su rostro era una caricatura de terror enloquecido, y levantó la mano para hacer con los dedos extendidos el signo del Ojo contra él.

-El desierto -dijo el pistolero-. ¿Qué hay después del desierto?

- ¡No le atraparás nunca! ¡Nunca! ¡Jamás! ¡Serás tú el que arda! Él me lo dijo.

-Le atraparé -replicó el pistolero-. Los dos lo sabemos. ¿Qué hay al otro lado del desierto? -¡No!

- ¡Contesta!

¡No!

Él avanzó, se dejó caer de rodillas y aferró los muslos de la mujer. Estaban cerrados como un cepo. Ella emitía unos extraños gritos penetrantes, como de placer.

- El demonio, entonces -dijo él.

-¡No!

Le abrió las piernas a la fuerza y desenfundó uno de sus revólveres.

- ¡No! ¡No! ¡No! -jadeó en una rápida sucesión de gruñidos de fiera.

-Contesta.

La mecedora se balanceó y el piso retembló, mientras brotaba de la boca de la mujer una mezcolanza de oraciones y palabras de jerga barriobajera.

Él empujó e! cañón del arma y notó, más que oyó, el jadeo aterrorizado de los pulmones de la gorda, cuyas manos golpeaban su cabeza al tiempo que pataleaba. Pero al mismo tiempo, el corpachón enorme parecía querer tragarse el objeto invasor y encerrarlo en su seno. Fuera no había nadie que pudiera verlos, excepto el cielo encapotado.

Ella lanzó un chillido agudo e inarticulado.

-¿Qué?

—¡Las montañas!

—¿Qué pasa con las montañas?

—El se detiene... al otro lado... ¡ay, Jesús!... para re... recuperar sus fuerzas. Meditación... entiendes... ¡Ay! Voy a... voy a...

La enorme montaña de carne se puso en tensión y se arqueó hacia adelante y hacia arriba, pero de todas maneras él procuró que no le rozase la carne íntima de la hembra.

- Ya está -dijo, poniéndose en pie - . El demonio está servido, ¿eh?

-Vete. Has matado a la criatura. Vete. ¡Vete! Él se detuvo junto a la puerta y se volvió.

- Ni criatura, ni ángel, ni demonio, ni nada -afirmó.

- Déjame.

Él salió.

XVI

Cuando llegó a lo de Kennerly, una oscuridad extraña se cernía en el horizonte hacia el norte, y supo que era la tormenta de polvo. Sobre Tull, el aire todavía estaba inmóvil, como muerto.

Kennerly le esperaba de pie sobre los tablones recubiertos de paja que hacían la función del establo.

—¿Se va? -preguntó con una mueca abyecta.

Sí.

—¿Sin esperar a que pase la tormenta?

-Me adelanto a ella.

-El viento corre más que un hombre o que una muía. En descampado puede matarle.

-Quiero la mula ahora -se limitó a contestar el pistolero.

Claro.

Pero Kennerly no se volvió, sino que permaneció inmóvil como si buscase algo más que decir, con su sonrisa aduladora pero llena de odio. y sus ojos miraban por encima del hombro del pistolero.

Éste dio un paso a un lado y se volvió al mismo tiempo, y el grueso palo que Soobie, la chica, descargaba sobre él en aquel instante apenas le rozó el codo. Al fallar el golpe, ella trastabilló hacia adelante y el garrote golpeó el suelo, levantando briznas de paja por el aire como una explosión.

La muchacha se quedó mirándole con aire bovino. Con el empuje de una turgencia excesiva, sus tetas tensaban la vieja camisa que llevaba. Un pulgar buscó el refugio de la boca con lentitud de pesadilla.

El pistolero se volvió hacia Kennerly con una amplia sonrisa. Él tenía la piel del color de la

cera y los ojos le daban vueltas en las cuencas.

- Yo... -empezó en un susurro, con la garganta estrangulada, y no pudo continuar.

—La mula -insistió el pistolero en tono amable.

—Sí, sí, cómo no.

Kennerly se apresuró, la sonrisa convertida en una mueca de incredulidad, y se volvió a por ella, arrastrando los pies.

Él se desplazó a una posición desde la que pudiese vigilar a Kennerly. El mozo de cuadra trajo la mula y le entregó las riendas.

-Tú. entra y cuida de tu hermana -le ordenó a Soobie.

Soobie meneó la cabeza y no se movió.

El pistolero los dejó allí, mirándose mutuamente a través del aire polvoriento en el que bailaban briznas de paja, él con su sonrisa falsa y ella con su obstinación cerril. Fuera, el calor golpeaba como un martillo.

XVII

Llevó la mula al centro de la calle. Sus botas levantaban nubéculas de polvo. Los odres de agua estaban bien atados a lomos de la mula.

Se detuvo en lo de Sheb, pero Allie no estaba allí. El local aparecía desierto, en espera de la tormenta, pero todavía sucio de la noche anterior. Ella aún no se había levantado a hacer la limpieza, y el establecimiento apestaba a perro mojado.

Empezó a llenar el petate con harina, maíz tostado y la mitad de la carne para hamburguesas del frigorífico. A cambio, dejó cuatro monedas de oro formando una pila debajo del mostrador. Allie no bajó y fue el piano de Sheb quien le despidió con la dentadura amarillenta de sus teclas silenciosas. Salió y cargó el petate a lomos de la mula. Tenía la garganta seca. Era posible que aún lograse librarse de la trampa, pero no había demasiadas posibilidades. Al fin y al cabo, él era El Intruso.

Echó a andar por entre edificios cerrados y con las persianas bajadas, pero notaba las miradas por entre resquicios y rendijas. El hombre de negro había jugado a ser Dios en Tull. ¿Sentido de la comicidad cósmica o mera desesperación? La pregunta tenía cierta trascendencia.

Entonces oyó un grito estridente a su espalda, y todas las puertas se abrieron de repente. Asomaron los bultos. Se había disparado la trampa, pues. Hombres en calzoncillos largos y hombres en sucios monos de trabajo. Mujeres en zapatillas y en batas descoloridas. Hasta los niños, siguiendo a sus padres. Y todas las manos empuñaban un palo o un cuchillo.

Su reacción fue automática, instantánea, un reflejo adquirido. Se volvió sobre sus talones mientras sacaba los dos revólveres, las pesadas culatas bien firmes entre las manos. Era Allie y. naturalmente, no podía ser otra, era Allie la que venía con la cara desfigurada, la cicatriz de un color púrpura infernal a la luz del crepúsculo. Vio que la traían de rehén; la cara deforme, retorcida por las muecas, de Sheb asomaba por encima de su hombro como la del familiar de una bruja. Era su escudo y su sacrificio. El pistolero lo vio todo Claro y nítido bajo la luz helada, invariable, de la encalmada estéril, y oyó que ella gritaba:

- ¡Me ha obligado! ¡Jesús! ¡No! ¡No dispares! ¡No...!

Pero las suyas eran unas manos entrenadas. El era el último de su especie y no sólo su boca sabía la Lengua Sagrada. Las armas lanzaron al aire su música fuerte y atonal. Ella abrió la boca y cayó y los revólveres dispararon de nuevo. Sheb cayó con la cabeza destrozada, y ambos quedaron tendidos en tierra.

Los palos volaban por el aire y llovían sobre él. Se tambaleó, tratando de esquivarlos.

Uno que llevaba un clavo atravesado le arañó el brazo y le hizo sangrar. Un tipo con barba de tres días y con manchas de sudor debajo de los brazos le lanzó un viaje con el cuchillo de cocina mellado que llevaba en el puño. El pistolero lo mató de un tiro y el hombre cayó en el arroyo: sus dientes resonaron audiblemente cuando dio con la mandíbula en el suelo.

—¡Satanás! - gritaba alguien -. ¡El maldito! ¡Abajo con él!

—¡El Intruso! -chillaba otra voz, mientras llovían bastones. Un cu
chillo rebotó contra su bota-. ¡El Intruso! ¡El Anticristo!

Se abrió paso a tiros, corriendo mientras ellos caían; sus manos elegían los blancos con infalibilidad letal. Dos hombres y una mujer cayeron, y él pasó por el hueco abierto.

Así encabezó un desfile febril por la calle principal y hacia el desvencijado almacén general y peluquería, que estaba frente a lo de Sheb. Saltó a la acera de tablones, se volvió y vació los dos revólveres sobre la muchedumbre de asaltantes. Atrás quedaban Sheb y Allie y los demás en el suelo, con los miembros dibujando otras tantas cruces.

Sus enemigos no titubeaban ni daban un solo paso atrás, pese a que él acertaba un punto vital con cada una de sus balas y a que ellos seguramente no habrían visto nunca un arma de fuego, a no ser en las fotografías de las revistas antiguas.

Se batió en retirada, moviendo el cuerpo como un bailarín para esquivar los proyectiles que le arrojaban. Mientras corría, recargó las pistolas con una rapidez que también formaba parte del entrenamiento que tenían sus manos. Éstas iban con agilidad de las cananas a los tambores de los revólveres. La multitud llegaba ya a la acera, y él se metió en el almacén y atrancó la puerta. El gran escaparate del lado derecho saltó hecho añicos hacia dentro y tres hombres entraron; tenían la expresión estúpida de los fanáticos y un fuego de santidad en la mirada. Los abatió a los tres, así como a dos más que les seguían y que cayeron sobre los mismos cristales del escaparate, obstaculizando el paso a los demás.

La puerta crujió y retembló bajo el peso de la muchedumbre, y pudo escuchar la voz de ella:

- ¡El asesino! ¡Vuestras almas! ¡La pata de cabra!

Arrancadas las bisagras, la puerta cayó de plano sobre el suelo, y se alzó una nube de polvo. Hombres, mujeres y niños entraron a la carga. Volaban salivazos y palos. Él vació las armas y ellos cayeron como los
palitroques de una bolera. Él huyó, alzó en vilo un barril de harina y lo arrojó contra sus perseguidores, entró en la barbería y les arrojó la cacerola de agua hirviendole con dos navajas de afeitar en su interior. Ellos se acercaban entre gritos de frenética incoherencia. Desde algún lugar, Sylvia Pittston los incitaba; su voz se alzaba y decaía en inflexiones ciegas. Él se puso a meter cartuchos en recámaras ardientes, mientras olfateaba los aromas de las lociones de afeitar y de la quina, mezclados con el olor de su propia carne quemada, pese a los callos de sus dedos.

Salió por la puerta de atrás al porche. A su espalda, una llanura de matorral bajo negaba la existencia del pueblo, que lindaba con aquella extensión vacía. Tres hombres doblaban la esquina con sonrisas traicioneras pintadas en sus rostros. Los tres le vieron, y comprobaron que él les había visto, y sus sonrisas se helaron en el mismo instante en que los mató. Una mujer los seguía dando aullidos; era la hembra alta y gorda a la que los parroquianos del restaurante de Sheb llamaban tía Mili. El pistolero la tumbó para atrás de un tiro, y ella cayó despatarrada como una ramera, con la falda entre los muslos.

Bajó la escalera y retrocedió en dirección al desierto, diez pasos, veinte. La puerta de atrás de la barbería se abrió de golpe, y por allí salieron todos a borbotones. Tuvo un breve atisbo de Sylvia Pittston. Abrió fuego. Cayeron arrodillados, cayeron de espaldas, cayeron de bruces sobre la barandilla y en el polvo. A la claridad púrpura y difusa no arrojaban sombras. Se dio cuenta de que él mismo estaba gritando, de que gritaba todo el rato. Sentía los ojos como cojinetes rotos, los testículos pegados al cuerpo, las piernas de madera, los oídos de hierro.

Las pistolas descargadas echaban humo; estaba reducido a un Ojo y una Mano, y allí de pie,

sin dejar de gritar ni de recargar, su cerebro estaba muy lejos, ausente, mientras las manos ejecutaban solas la faena aprendida. ¿No podía darles el alto y contarles que se había pasado veinticinco años aprendiendo aquel truco y otros, hablarles de sus revólveres y de la sangre que los había dignificado? No con la boca, pero sus manos contaban la historia a su manera.

Cuando terminó, sus adversarios estaban a tiro de piedra, y un bastón le golpeó en la frente, y saltaron algunas salpicaduras de sangre. No tardarían ni dos segundos en ponerse al alcance de la mano. En la avanzadilla estaban Kennerly, una de las hijas de Kennerly, de unos once años quizá, así como Soobie, dos parroquianos del bar y una parroquiana llamada Amy Feldon. A todos los mató, y también a los que les seguían. Sus cuerpos cayeron como espantapájaros. La sangre y los trozos de cerebro salpicaban por todas partes.

Se detuvieron un instante, espantados; el rostro colectivo de la multitud se descompuso en múltiples rostros individuales y aterrorizados. Uno de los hombres corrió en amplio círculo, entre gritos. Una mujer, con las manos llenas de ampollas, alzó la cara al aire y cacareó febrilmente hacia el cielo. El hombre a quien viera primero, sentado en la escalera del almacén comercia!, se alivió repentinamente en los pantalones.

Tuvo tiempo de recargar uno de los revólveres.

Entonces apareció Sylvia Pittston, que se abalanzaba contra él agitando una cruz de madera en cada mano:

- ¡El diablo! ¡El diablo! ¡El diablo! ¡El infanticida! ¡El monstruo! ¡Muera! ¡Acabad con él, hermanos y hermanas! ¡El Intruso! ¡Acabad con El Intruso asesino de niños!

Él dirigió una bala a cada una de las cruces, y tras reducirlas a astillas metió cuatro tiros en la cabeza de la mujer. La mole de carne pareció derrumbarse y deshacerse en el suelo como una mancha.

Todos se quedaron inmóviles un instante, componiendo un cuadro estático, mientras los dedos del pistolero ejecutaban su truco de recarga. Le ardían las yemas de los dedos, cada una de ellas estaba despellejada por quemaduras de forma perfectamente circular.

Sus adversarios eran menos, pues había pasado entre ellos como la guadaña de un segador. Creyó que el ver muerta a la mujer provocaría la desbandada, pero entonces alguien arrojó un cuchillo. El mango le golpeó entre los ojos y le derribó. En seguida todos corrieron para formar un corro asesino a su alrededor. Tumbado entre sus propios cartuchos vacíos, volvió a vaciar sus revólveres. Le dolía la cabeza y veía grandes círculos pardos en el aire. Falló un disparo y once enemigos cayeron.

Pero los sobrevivientes ya estaban sobre él. Disparó los cuatro tiros que consiguió recargar, y recibió un diluvio de golpes y bastonazos. Se deshizo de un par de adversarios con el brazo izquierdo, e hizo el rodillo para eludirlos. Sus manos reanudaron el truco infalible. Recibió una cuchillada en el hombro, otra en la espalda, un palo en las costillas, un pinchazo en la nalga. Un crío de corta edad le alcanzó y le hizo la única herida seria, una cuchillada en la pantorrilla. El pistolero le destrozó el cráneo.

Los pocos que quedaban empezaban a dispersarse, y les concedió algo de distancia. Huían hacia las casas bajas color arenisca, pero las manos seguían su trabajo, incesantes, como esos perros que han aprendido una gracia, siempre dispuestos a repetirla, no una vez más ni dos, sino toda la noche; y aquellas manos segaban a todos los que corrían. El que llegó más lejos, consiguió alcanzar la escalera del porche trasero de la barbería, y allí le alcanzó en la nuca el balazo del pistolero.

Entonces, el silencio rellenó los espacios vacíos.

El pistolero sangraba por veinte heridas diferentes al menos, todas superficiales excepto la de la pierna. Hizo un torniquete con una tira de su camisa y luego se puso en pie para contemplar la matanza.

Los cadáveres formaban un sendero en zigzag desde la puerta de la barbería hasta donde él estaba, en todas las posturas imaginables, aunque ninguno parecía dormido.

Deshizo el camino contando a los muertos. En el almacén, un hombre yacía abrazando el bote de caramelos que había arrastrado en su caída.

Cuando llegó al punto donde había comenzado todo, en medio de la calle principal ahora desierta, había contado treinta y nueve hombres, catorce mujeres y cinco niños muertos con sus armas. Había acabado con todos los habitantes de Tull.

La primera ráfaga de viento le trajo un olor dulzón y nauseabundo. Lo siguió, miró e hizo un gesto de asentimiento. El cuerpo descompuesto de Nort colgaba como un guiñapo del techo de madera del establecimiento de Sheb. crucificado con cuatro estacas. Tenía abiertos los ojos y la boca. En su frente arrugada habían impreso en púrpura la marca de una pata de cabra.

Salió de la población. La mula estaba de pie junto a un montón de hierba, a unos quince metros de la antigua ruta de la diligencia. El pistolero la llevó de nuevo al establo de Kennerly. Fuera, el viento elevaba otra vez su canción. Dejó atada la mula y regresó al bar de Sheb; encontró una escalera en el cobertizo trasero y se sirvió de ella para descolgar a Nort. El cadáver pesaba menos que un saco de teas. Lo dejó en la calle con los demás, y luego entró otra vez y se sentó a comer hamburguesas. Mientras caía la noche y empezaba a volar la arena, se bebió tres cervezas y aquella noche durmió en la cama que había compartido con Allie. No soñó nada, y a la mañana siguiente el viento había desaparecido y el sol relucía como si nada hubiese ocurrido. La tormenta había arrastrado los cadáveres hacia el sur. A mediodía, después de vendarse sus heridas, reemprendió el camino.

XVIII

Creyó que Brown se había dormido. El fuego se había reducido a un mínimo rescoldo, y el pájaro *Zallan* había escondido la cabeza debajo del ala.

Estaba a punto de ponerse en pie para extender una manta en un rincón, cuando Brown dijo:

—Ya está. Ya lo ha contado todo. ¿Se siente mejor ahora?

El pistolero se sorprendió:

—¿Por qué iba a sentirme mal?

—Dijo usted que era humano, no un demonio. ¿O tal vez mintió?

-No he mentido.

Aunque de mala gana, se veía forzado a confesar que Brown le caía bien. De verdad. Y no le había mentido al colono en ningún sentido.

- ¿Quién es usted. Brown? En realidad, quiero decir.

- Yo soy yo -contestó el otro, sin extrañarse lo más mínimo - .

¿Por qué cree que oculto algún misterio?

El pistolero encendió un cigarro, sin contestar a la pregunta. -Me parece que está muy cerca del hombre negro -continuó Brown -. ¿Cree que va desesperado? -No lo sé.

-¿Y usted?

-Todavía no -dijo el pistolero, y contemplando a Brown con un asomo de desconfianza, agregó-: Hago lo que debo hacer.

-Entonces, todo está bien -concluyó Brown, y dándose la vuelta se echó a dormir.

XIX

La mañana siguiente, Brown le dio comida y lo despidió. A la luz del día su aspecto era alarmante, con el escuálido pecho quemado, las escápulas delgadas como lápices y los abundantes rizos de cabello rojo. Llevaba su pájaro posado sobre el hombro.

- ¿Y la muía? -preguntó el pistolero.

-Yo me la comeré -dijo Brown.

-De acuerdo.

Brown le ofreció la mano y el pistolero se la estrechó. El labrador hizo un ademán en dirección al sur.

- Ande con cuidado.

-Puede estar seguro.

Ambos se despidieron con sendos ademanes y luego el pistolero emprendió la marcha, totalmente recubierto de armas y de bolsas de agua. Sólo se volvió una vez. Brown cavaba con furia en su maizal. El cuervo, encaramado en el alero de la choza, parecía una gárgola.

XX

El fuego estaba apagado y las estrellas empezaban a palidecer. El viento continuaba su carrera incesante. El pistolero se estremeció en sueños y luego volvió a quedarse inmóvil. Soñaba un sueño de hombre sediento. En la oscuridad no se divisaba el perfil de las montañas. El sentimiento de culpabilidad se había desvanecido, abrasado por el desierto. En vez de eso, ahora el pistolero pensaba a menudo en Cort. el hombre que en otro tiempo le enseñara a disparar, Cort sí sabía distinguir lo blanco de lo negro.

Se estremeció de nuevo y despertó. Parpadeando, contempló la hoguera apagada que sobreponía su propia forma a la otra más geométrica. Era un romántico y lo sabía. Guardaba el secreto celosamente.

Eso, por supuesto, hizo que recordase otra vez a Cort. Cualquiera sabía por dónde andaba. El mundo había cambiado mucho.

El pistolero se echó el petate al hombro y se puso en marcha.

(Así termina lo que figura escrito en el Libro Primero de Roland y la Búsqueda de la Torre que está en la raíz del Tiempo.)